

EL HALCÓN

por
ARNALDO VISCONTI



PROVENSA

Pico de tucán

ARNALDO VISCONTI 1948

Pico de tucán

ARNALDO VISCONTI

Capítulo 1

La ley del sur

En la ciudad de Beaufort, apacible y señorial, reinaba un estado de excitación, raras veces resentido. Si bien aquel verano del año 1861 se caracterizaba por la profusión de noticias contradictorias, cuyo tema básico era la guerra, que dividía el continente norteamericano en dos bandos, Norte y Sur: confederados y separatistas, abolicionistas y esclavistas, ningún hecho bélico había afectado directamente a la ciudad de Beaufort, dada su lejanía del escenario del conflicto.

Hasta entonces las escaramuzas libradas entre meridionales y yanquis habían tenido lugar en el paralelogramo comprendido entre la capital yanqui, Washington; la sudista, Richmond, y los importantes núcleos ferroviarios de Parkersburg, por los confederados, y Lynchburg, por los esclavistas.

La situación, después de la acción de Manasas, primera y real batalla, ganada por el general sudista Jasón Blake, era en extremo confusa.

Al principio, y después de la huida de los yanquis hasta Washington en retirada forzada, el júbilo había reinado entre los meridionales, quienes habían creído que Manasas significaba la fecha de la definitiva derrota de los nortños,

Dada la ascendencia latina de la mayoría de los habitantes del Sur, era peligroso exponer ideas contrarias al deseo ferviente de los que determinaron que solo el exterminio total de, los yanquis significaría un castigo suficiente para la osadía de los tenderos y fabricantes, que desde Washington habían tenido la sin par desfachatez de querer intervenir en la cuestión esclavista.

Pero nacieron los estrategas de salón, quienes con abundancia de argumentos comentaron los boletines oficiales privados, que eran remitidos a las primeras autoridades de todo pueblo sudista. Generalmente, la ley en el Sur era expeditiva: al que consideraban culpable de emitir teorías que podían entrañar la suposición de que los valientes caballistas meridionales podía sucumbir ante los fabricantes de cañones yanquis, empezaban por bañarlo en un tonel repleto de viscosa brea.

Después arrojaban encima de él nubes de plumas de ganso y gallina, y por fin, lo arrastraban de la cola de un caballo..., y lo que quedaba, era apedreado y convertido en una masa informe. Sin embargo, si era un general sudista el que expresaba determinadas

ideas, no podía hacérseles responsables, a los que las repetían, del contenido de ellas.

Y circulo pronto la noticia de que los yanquis no estaban derrotados, ni tan siquiera amilanados. Que en vez de pedir perdón y someterse a la generosidad sudista, estaban organizando poderosos ejércitos.

Y que cada uno de esos ejércitos tenía una misión bien definida. Una misión que los ciudadanos de Beaufort calificaban de: infiltración y rebeldía.

Infiltración, porque, dando un largo rodeo, varios cuerpos de ejercito habíanse apartado del paralelogramo Washington-Parkersburg-Richmond-Lynchburg, tomando por meta de acampamiento distintos puntos del Sur. Rebeldía, porque, por cada ciudad del Sur que pasaban, daban libertad a los esclavos negros, aunque..., y los sudistas lo reconocían a regañadientes, habían fusilad los mismos libertadores, a los negros que, excitados, quisieron vengar afrentas, dando muerte a blancos propietarios...

Los mismos estaban tensos en Beaufort, porque circulaba con insistencia el rumor de que el cuerpo de ejército al mando del general yanqui Shermann, estaba acampado y atrincherado en las cercanías de Savannah, en un punto indefinible que varios espías sudistas estaban tratando de localizar.

Unos decían que se hallaba en Slofield, a treinta leguas de Beaufort, otros afirmaban que habíanse visto los uniformes azules en Wilderness, a veinte millas de Beaufort y cuarenta de Savamill.

Lo cierto era que aquello contribuía a excitar los ánimos ya de por sí efervescentes de los ciudadanos de Beaufort.

La cárcel de la ciudad raras veces había contado con presos de importancia; algún que otro vagabundo sorprendido robando algodón, y algún que otro negro, recluido con el propósito de infundirle miedo.

Pero en aquel día veraniego de 1861, alrededor de la cárcel, que más parecía casita de campo con el jardín circundante y los emparrados moteados de flores, trepando por los muros, aglomerabas una muchedumbre, que era compuesta por los dos tercios de los habitantes blancos de Beaufort.

Discutían acaloradamente interpellando a los propios soldados de la milicia de caballería, que en doble fila circular rodeaban la cárcel, fusil terciado ante el pecho.

—¡La ley de Lynch para el espía yanqui!

—¡Brea y plumas para el vendedor de armas!

—¡Horca para Dandy Pólvora!

—¿Vais vosotros, nuestros soldados, a defender a un miserable espía yanqui?

—¿Vais a proteger al asesino de Theodor, Clayton?

Tras las dos filas de soldados, reunidos de cinco en cinco por las riendas, hallábanse los magníficos caballos del ejército de Beaufort.

Solo un uniforme gris estaba a caballo. Era un joven pecoso, alto y fuerte, el cual lucía en su sombrero de anchas alas; el triple redondel dorado que era insignia de su cargo de capitán.

El capitán Dan Carter era respetado por sus conciudadanos, pese a su juventud. Le consideraban un puritano, un hombre sin vicios, un honrado sudista por encima de toda sospecha.

Los gritos e imprecaciones de la muchedumbre se aplacaron y domino el silencio cuando Dan Carter alzó los dos brazos, gritando:

—¡Oídmme, amigos!

Sisearon los mismos que antes vociferaban para imponer silencio a los que seguían cuchicheando.

—¡Callad... va a hablar nuestro capitán.

—Escuchadme, ciudadanos de Beaufort. Los ánimos están sobrecargados por las noticias que hacen suponer que pronto tendremos ocasión de entrar en combate con fuerzas yanquis. Lo haremos tan pronto nuestros agentes regresen y nos informen de la situación exacta de los soldados azules. Necesitaremos entonces todos los brazos y a los que puedan empuñar el fusil. Diseminaos, id a vuestras casas, engrasad las fundas del arzón, limpiad las armas. Proveeros de municiones, mantas y mochilas. Y estad prestos al toque de generala, que os advertirá que la gloriosa posibilidad de luchar directamente ha llegado ya para Beaufort.

Se detuvo, y aunque todos estaban en silencio, ninguno se movió.

Al fin destacóse un plantador; el conocido Tom Barry, irlandés, cuarentón tozudo y camorrista cazarro.

—Hola, Dan —dijo campechano—. Aunque estés a caballo y seas mi capitán, somos amigos de hace tiempo, ¿no? Desde que te pille peleando con mi hijo y te azote las nalgas.

Rieron cordialmente los oyentes, y Dan Carter sonrojóse, aunque sonrió porque Tom Barry era un individuo sin maldad.

—Admito que me pilló usted en la brecha, Tom Barry.

—Por lo tanto, aquí todos somos tus amigos, y entre nosotros no puede haber pelea, si no es los sábados por las noches y con cuatro vasos en el estómago. Una buena pelea entre amigos, reconforta los puños y las amistades. Pero acabas de hablar muy bien. Todos estamos dispuestos a acudir como uno solo, apenas tus cornetas

lancen los ansiados toques de generala y zafarrancho de pelea. Hasta aquí estamos de acuerdo contigo. Pero hay un punto en que no estamos de acuerdo. ¡Este!

Y Tom Barry señaló hacia la cárcel, moviendo la mano como si quisiera arrojarla por encima de la cabeza de los soldados apiñados en dos hileras circulares. Tom Barry miró a su alrededor y comprobó que todos asentían mudamente, aprobándole. —Me constituyo en portavoz del pueblo de Beaufort. Y en nombre de ellos, primero, y en el mío después, y con mis amigos, pregunto: ¿Está bien, capitán Carter, que hayas acudido con los muchachos a rodear la cárcel para impedir que entremos en ella?

—No está bien, Tom Barry —replicó Carter—. Ni está mal. Es un acto que no puede calificarse. Es la Ley. La Ley escrita en códigos y que las fuerzas armadas deben hacer cumplir.

—¿Qué ley es esta?

—La que determina que hasta que un preso no sea juzgado, no puede ser ahorcado.

—Nunca oí tal desatino —profirió sinceramente indignado Tom Barry—. ¿Desde cuándo la Ley se permite suponer que los honrados ciudadanos de Beaufort no saben administrar justicia?

—Desde que la guerra empezó, Tom Barry. Deben evitarse injusticias y apasionamientos. Para eso fueron nombrados jueces, los cuales, estudian las pruebas de culpabilidad e inocencia y fallan en buena conciencia,

—No me gusta discutir, Dan, pero si no ordenas a tus soldados que se vayan, vamos a pelear a puñetazos para abrírnos paso. ¿De acuerdo, hombres de Beaufort?

—¡Sí!

—¡Todos a una!

—¡Vamos a por el espía!

Volvió Carter a alzar los brazos.

—No lo haréis.

—¿Por qué no? —inquirió, ceñudo, Tom Barry.

—Atacar a hombres vistiendo uniforme gris es rebeldía.

—Todos vosotros sois de Beaufort.

—Somos soldados.

—Pero y si ahí mismo esta mi hijo, que ganas tengo de darle un tirón de orejas por atreverse a mirarme severamente, terciado el fusil, como si acechara a conejos

—protestó Tom Barry,

—No es su hijo, sino un soldado.

—¡Por San Patricio! —rio el irlandés—. ¡Que no es mi hijo? Bien

claro es para todos que aquel mozo es Pat, mi retoño. Bueno, mira, Dan, vamos a dejarnos de monsergas y hablar a la pata la llana. Aparta a tus soldados y déjanos entrar.

—Mira que a puñetazos vamos a romper muchas narices.

—Ordenare disparar al primer intento de lucha —dijo secamente Dan Carter.

Tom Barry retrocedió dos pasos, Como si ya hubiera recibido los anunciados disparos.

—¿Qué has dicho? —preguntó estupefacto.

—He dicho y repito que daré orden de fuego si avanzáis.

Todos los paisanos miraron se entre sí en el colmo del asombro. Tom Barry volvió a recuperar los dos pasos perdidos.

—¿Has dicho abrir fuego, disparar contra nosotros? Tú estás loco, Dan, o bromeas fuera de tiempo.

—Es la Ley y la cumplo.

—Vamos a ver si nos entendemos, Dan, antes de rompernos las muelas. ¿Quién está ahí dentro en la celda?

—Rock Gambler.

—El apodado Dandy Pólvora, ¿no?

—El mismo.

—¿No ha dado muerte a Theodor Clayton?

—De eso le acusan.

—¿No vendió armas a los yanquis?

—De eso le acusan.

—¿No apareció por Beaufort el mismo día en que apareció la Venus de Ébano y por la noche se oyeron los tambores del vudú ?

—De eso le acusan.

—Entonces, ¡por la peluca de mi abuela!, si estás de acuerdo con nosotros, ¿qué haces aquí impidiéndonos el paso?

—He dicho que le acusan de cuanto has dicho. Pero no somos nosotros los calificados para juzgar: esta mañana ha sido tomada la primera declaración al reo, y ahora, dentro de unos instantes, el juez Broderick Crawford efectuara el careo con los testigos de acusación. Si resulta culpable os será entregado para que se cumpla la Ley. Es irrevocable, Tom Barry. Me conocéis todos. Sabéis que defendiendo todo lo que sea justo y humano.

—¿Defiendes a un espía yanqui?

—Si a ti mismo te acusaran de asesinato por el solo hecho de acusarte, no dejaría de tenderte la mano. Después, si se demostraba que eras, culpable, yo mismo te pasaría la soga al cuello. Pero no debe condenarse a nadie sin que pueda defenderse. Y por encima de todo, esta una consideración: Estamos en guerra.

—¿Que tiene que ver nuestra guerra con Dandy Pólvora?

—Mucho. El mundo entero tiene puestos los ojos en los acontecimientos que vivimos. Londres, París, Roma, las ciudades europeas, leen ávidamente los sucesos. Comentan que si nosotros somos rebeldes, salvajes, camorristas, bebedores, seres sin ley...

¿Vamos a darle la razón? ¿Podrán ellos afirmar que en Beaufort hay quien, siendo capitán elegido por sus mismos ciudadanos, no supo impedir que ejercieran la ley del Lynch? Eso significarla descrédito, y los yanquis, en su inteligente propaganda, lanzarían a los cuatro puntos cardinales la noticia de que los sudistas somos indisciplinados, que no acatamos autoridades ni jueces.

Tom Barry frotóse la barbilla.

—Puesto así, Dan, casi me convences.

Entonces, ¿tú y tus soldados estáis para evitar el descrédito, y que Roma, Londres y París sepan que donde hay un sudista hay justicia?

—Eso es. Estamos aquí para esto.

—¿Y nosotros, que hacemos entonces?

—Id a vuestras casas, o quedaos a presenciar el juicio, pero sin alborotar. La Ley debe ser respetada.

Tom Barry fue ahora el que alzó los brazos. Hizo una mueca y grito:

—¡Emplumaremos a Dandy Pólvora cuando el juez le tire la primera pella de brea!

La Ley es la Ley.

Estallaron varias carcajadas, y comprendió Dan Carter que había ganado la batalla sin acudir a las armas.

—Vayamos primero al hotel de Bigaud a beber un trago —propuso Toni Barry—. Eso entona el espíritu. ¡Hacia allí! ; Hoy invito yo, para brindar por la pronta sentencia de muerte de Rock Gambler!

Los soldados, en su mayoría hijos, hermanos o amigos de los que se dirigían hacia el hotel, depusieron la rígida actitud en que hasta entonces habíanse mantenido.

—¡Descanso! —ordenó Dan Carter. Toda la escena habla sido presenciada por un hombre, que en el círculo formado por soldados y caballos había permanecido quieto, indolentemente reclinado contra un tronco de mimosas.

De vez en cuando sacudía de su elegante levita gris perla una pequeña flor amarilla, que, como en lluvia de oro, caía del arbusto. Era alto, más alto aun por la flacura de sus miembros, engañosos, porque Smarty Prescott tenía la dureza muscular de un acero.

Calzaba botas de charol brillantísimas, con espuelas de plata de original dibujo.

La nívea camisa hacia resaltar la chalina de seda. Su ceñido pantalón blanco, ajustaba las largas piernas de jinete.

El rostro era enjuto, simpático...

Smarty Prescott, Pico de Tucán, era el favorito de las damas por dondequiera que se presentara.

No solo le aureolaba su fama de pistolero al servicio de la Ley, y sus hazañas, dominando las rebeldías sangrientas de los sioux, sino su renombre de Don Juan amable, sin presunción y de noble carácter, incapaz de acción villana.

Cuando la masa se alejó en dirección al hotel Bigaud, Dan Carter acercóse al lugar donde Smarty Prescott abanicábase con el sombrero, con lasitud de hombre fatigado.

Era otra de las engañosas apariencias del rápido y desconcertante peleador, al igual que su cansina entonación al decir.

—Mis ardientes felicitaciones, capitán Carter. Su discurso ha sido soberbio. Ha sido un ejercicio de doma sabia. A cada potro su doma.

—Son buena gente, ¿sabe? —excusóse Carter—. Lo que sucede es que están todos acalorados.

—No es para menos —y señaló Smarty Prescott el cielo donde el sol fulgía cegador.

—En efecto, el día es bochornoso. Cuando llego usted, me dijo que quería exponerme una petición.

—Sí. Quiero hablar a solas con Rock Gambler.

—Pero si no debe ni pedírmelo, señor Prescott. Usted es delegado gubernativo, enviado por Richmond, con plenitud de atribuciones y mando absoluto en la ciudad. Tanto el juez Crawford como yo, las dos autoridades, estamos a sus órdenes.

—Me da vergüenza, ¿comprende? —dijo Prescott sonriendo. Y parecía un niño pidiendo perdón.

Pero Dan Carter conocía la fama del aparente niño.

—Agradezco su amabilidad. Cuando quiera, en la celda estará Rock Gambler a su disposición.

—Me gustaría... que usted, sin ser visto, nos escuchara. Tengo una corazonada, capitán. Rock Gambler es un matón como yo, un aventurero como yo, un faldero, como yo, un amante de la pelea, como yo, pero ni es un asesino ni pierde el tiempo excitando a la rebeldía a negros tontos.

—¡Completamente de acuerdo! —aprobó jubiloso Carter.

—Bien, pero nuestros particulares sentimientos, quizás no basten para evitar la horca y el linchamiento, de los cuales actos, uno sobra, sino los dos. De todas formas, quisiera que usted oyera lo que conversaremos Gambler y yo, para que sepa ver oyendo... Sepa ver que Gambler no merece morir como un cuatrero.

—De antemano estoy convencido. Tan convencido, que si es preciso actuare de defensor en el tribunal.

—Bien. Somos dos a favor de Gamble. Y, ¡espuelas!, pesan mucho tres tipos como nosotros tres. ¿No le parece que sus soldados estarían más cómodos tomándose una copa en el Hotel Bigaud?

—Si usted lo ordena...

—No, no. Yo invito. Soy el Tom Barry del ejército. Dígaselo así al joven teniente. .

—¡Donaldson! —llamó Dan Carter.

—A la orden, mi capitán —clamó el teniente yendo a cuadrarse ante su amigo.

—El señor delegado de Richmond, nuestro huésped de honor, y máxima autoridad en Beaufort, tiene a bien; dignarse invitarles a todos ustedes a un vino de honor en el hotel Bigaud, excusándose de no aceptar con su presencia los brindis, porque le reclaman urgentes deberes inherentes a su cargo.

—¡Gracias, señor! —exclamo de nuevo el teniente.

Fueron se los soldados, llevando de las bridas a sus caballos, y Smarty Prescott, murmuró:

—¡Tiene particular predilección por avergonzarme, capitán? Más que una invitación, ha parecido un acto oficial!, donde el presidente condesciende a largarles un trago a los ujieres. Es usted un buen muchacho, Carter. Agénciese un hoyo desde donde oír. Hasta luego.

El antiguo cowboy ranchero por bienes de fortuna, sheriff de Tyalacox por afición a disparar dando ventaja, entró en el edificio de la cárcel, que era a la vez sala de juicios, andando con su característico paso cansino, que rimaba con su entonación y su indolencia.

Capítulo 2

Consideraciones sobre la Ley humana

Smarty Prescott cerró tras su espalda la puerta de la celda, que acababa de abrir, y apoyó en ella las amplias espaldas huesudas.

—Hola —dijo lacónicamente.

Atado por tobillos a las patas de un camastro de hierro empotrado en la pared, y por las muñecas retorcidas tras la espalda, a una argolla del muro, asoleado por los rayos que entraban a través del enrejado, Rock Gambler arqueó las cejas.

—Hola, matón.

—¿A qué debo el asco de tenerle ante mis ojos, estando yo atado?

—Vengo a que juntos discutamos ciertas consideraciones sobre la Ley humana dijo Prescott insertando los pulgares en el cinto, por gesto maquinal, apoyando las palmas en las dos culatas de las pistolas enfundadas a medio muslo, bajo las caderas.

—Tema muy instructivo, Pico de Tucán. Pero más me gustaría discutir con las manos y los pies libres. Me parece no sé por qué, que usted me tiene miedo. Habíamos quedado esta mañana en partirnos la sonrisa, y me he privado de este placer.

—Crea que yo no me privare de tal gozo. Es una tentación demasiado irresistible. Me han hablado mucho de usted, Dandy Pólvora.

—Soy popular.

—Al parecer hasta ahora nadie le ha sacudido el polvo, convirtiéndole en un pelele.

—No ha nacido aun el que esto pueda.

—Míreme.

—Le veo, y se me revuelve la comida.

—Mi estómago es de mejor clase, Dandy.

—Usted presume excesivamente, Pico.

—¿Envidia? Oiga, si le quito las amarras, ¿vamos a pelear aquí dentro? !

—Hay sitio sobrado.

—Pero es indigno de nosotros. En una celda... ¡puaf!

—Comprenda que es por causas ajenas a mi voluntad, que me tengo que resignar a ofrecerle como ring esta infecta jaula, que soy el primero en detestar.

Del bolsillo trasero del pantalón extrajo Prescott una navajita, casi un juguete. Pero su hoja era cortante como la de una navaja

barbera.

Se aproximó, e inclinándose empezó a segar las cordezuelas. Rock Gambler aspiró ruidosamente.

—¿Qué demonios se echa usted en el pelo?

—Extracto de malvas. Es perfume que le sienta a mi género de belleza. Así dicen las damas.

—Apesta. Los machos no se riegan con jugo de flores.

—Yo soy un macho muy limpio, Dandy. Me baño siempre que puedo, y ahuyento la peste a caballo y a muertos. ,

—Cada tiro un cadáver, ¿no, Pico?

Gambler empezó a frotar las muñecas ya liberadas. Smarty Prescott le tendió la navajita.

—Solo me inclino ante mujeres, Rásquese usted mismo los tobillos.

—Ya se inclinara ante mí, Pico. Creo que ya a ser la paliza mis soberbia del siglo XIX.

—Tengo esta vaga idea. Usted podrá ser un adversario regular. Es endemoniadamente fuerte, pero se cree demasiado superior. La excesiva confianza pierde al hombre.

Libres los pies, Rock Gambler devolvió el cortaplumas. Hizo un ademán señalando la celda.

—Dos pasos al fondo, y estaremos a la buena distancia.

—Los placeres hay que saberlos esperar. Tiene mi palabra de que reviento de ansias de machacarle la cara y los huesos. Pero antes, debemos charlar con toda la sinceridad posible.

—Bien. Dispare.

Sentóse Gambler en el camastro.

—¿Oyó usted los vítores de la muchedumbre aclamándole entusiasmada?

—Oí los berridos de la vulgar masa.

—Los espíritus, selectos y superiores estamos muy por encima de tales chabacanerías.

—¿Se dio cuenta que pedían delicados homenajes tales como brea, pluma, arrastre, Lynch y horca con lo que quede?

—De pedir a dar va un trecho.

—Usted y yo somos dos presumido y fanfarrones, que según parece tenemos por costumbre cumplir lo que fanfarroneamos. Pero hablando en plata, Dandy, ¿se da cuenta que esta vez los triunfos están en manos de la plebe?

—Huelo que me va a ser difícil volcar el as a mi favor. La baraja está complicada, y he perdido la pista.

—Bien. Yo en su lugar hubiera dicho lo mismo. Consideremos

ahora los varios aspectos de la ley humana. Dentro de media hora, usted pasará a la sala de juicios. Seguramente ostentará su habitual cinismo con lo que solo lograra comportarse como un imbécil.

—¿Qué me aconseja? ¿Rasgar mis vestiduras, proferir lamentos, y asegurar que soy un ángel caído?

—Hablar humanamente. Comportarse según los dictados de su corazón. No me interrumpa, Dandy. Usted lleva una máscara de cinismo que le hace antipático. El mundo, la masa, la plebe, juzga por las apariencias. Adora al bandido generoso, al hombre de sonrisa buena, al deshacedor de entuertos, al noble y simpático caballero...

Smarty Prescott interrumpióse. Su mandíbula dibujos rígida y sus ojos se endurecieron. Tras la pausa, añadió:

—Por ejemplo: la masa odia a Rock Gambler, y la masa adora al Halcón.

Rock Gambler miró fijamente a su interlocutor.

—El vulgo tiene sentimentalismos de rebaño.

—La humanidad es casi rebaño, Dandy. Lo selecto ya escasea, lo original es paladeado por pocos. El hábito hace al monje. A usted le hubiera sido sencillísimo hacerse agradable. Tiene buena planta, viste casi tan bien como yo, es, culto... En vez de sonreír diabólicamente, muestre los dientes tontamente. Dirán: He aquí un hombre bueno. Y no será hipocresía, porque lo quiera o no, Dandy Pólvora, usted es un hombre bueno.

—Oiga, Pico, ¿no le parece desplazado su sermón?

—En estos instantes, no. Yo, como particular y deseoso de romperle la cara, ahora mismo le sacaba de aquí, y nos íbamos al campo a morder la verde hierba. Pero ostento un cargo, y debo considerar la imperativa necesidad de la ley humana. Usted está acusado gravemente, y la justicia debe determinar.

—¿Y para decirme estas sandeces se ha molestado usted en imponerme su presencia?

—Por partes, y con calma. No es el que dispara más rápido el que mata, sino el que dispara justamente en la fracción de segundo precisa. Primer disparo: ¿Usted mató a Theodor Clayton?

—No.

—Pero declaró que vino a Beaufort para eso.

—A eso vine.

—Su primera tontería de hombre que desprecia a la masa. ¿Por qué vino a matar a Clayton?

—Por la sencilla razón de que el instigó y fue el autor moral del rapto de Nora Blonde, mi prometida, la cual estuvo en poder del

cheyene forajido Warin Squaker, de cuyas manos la rescaté por puro milagro.

—Razón de peso, ¿Puede demostrarlo? ¿Hay testigos?

—Cuatro: el capataz Jim Cordy, los gemelos Trimball, y el jefe rural de Savanah, Jeremy Dupont Bloke.

—Los podemos citar.

—Están enterrados.

—Entonces... creo que sería inútil citarlos,

—Participo de su misma opinión.

—¿Cómo explica usted el hecho de que junto al cadáver de Theodor Clayton apareciera el botón de oro que le falta a su chaqueta de usted?

—Un botón no sirve de muestra, pese a lo que el refrán sostenga. Yo no pude depositar este botón que me falta, por la sencilla razón que no entre en el lugar donde fue estrangulado Clayton.

—¿Sospecha de alguien?

—Desde hace años, de mi propia sombra.

—Pero concretamente, en el caso actual, ¿sospecha de alguien que hubiese podido arrancar su botón y dejarlo junto al fiambre?

—No. De nadie.

—¿Tiene enemigos en Beaufort?

—Haga la pregunta a la inversa. Pregúnteme ¿tiene algún amigo en Beaufort?

—Tiene amigos en Beaufort?

—Absolutamente ninguno. Únicamente el capitán Dan Carter, porque es un alma cándida. Me trata con cierta amistad.

—Iba bien hasta ahora, Dandy, abandonando presuntos cinismos. Estamos hablando con el corazón en la mano. Diga que le enorgullece la amistad de Dan Carter.

—Sí. Me enorgullece.

—Usted no es tonto, aunque hasta ahora en su vida se haya comportado aparentemente como un niño que desafía a la sociedad. Y la sociedad no perdona. Usted contesta a mis preguntas, porque sabe que en el fondo usted y yo somos idénticos, solo que yo no afecto cinismos exteriores. Soy tal como soy, sin mascara. Pego duro cuando se tercia, muerdo si es preciso, pero también se conmoverme ante una madre afligida.

—¿A qué viene esta última frase?

—Estaba pensando en El Halcón.

Y de nuevo la mandíbula de Prescott adquirió rigidez y sus ojos se endurecieron.

Rock Gambler íntimamente sintióse perplejo. Era ya la segunda

alusión de Prescott al legendario bandolero enterrado por, el propio Gambler, y cuya personalidad caballerosa suplantaba el aventurero.

¿Sabría Prescott el secreto, que solo conocía Dan Carter?

Pero Smarty Prescott, volvió a recuperar su habitual semblante.

—Cuando oigo narrar las hazañas de El Halcón, me conmuevo, Dandy. No me avergüenza confesárselo. ¿Sabe por qué? Porque en algún rincón hay una madre que sabe que su hijo es El Halcón. Vive con esta ilusión permanente. Es su vida la vida de El Halcón.

—Creo que se aparta usted de la cuestión en litigio, que era emitir consideraciones sobre la Ley humana.

—La ley más humana es la inspirada en amor de madre. Usted es huérfano, Dandy... y yo también. Pero vamos al interrogatorio. Usted no ha matado a Clayton, me consta. No obstante no puede demostrar lo contrario.

—Admitido.

—Pasemos ahora al segundo cargo. ¿Ha vendido usted armas a los yanquis?

—Por valor de unos dos millones de dólares.

Silbo Prescott entre dientes.

—Buena cantidad. ¿Cuánto le correspondió?

—El diez por ciento.

—¿Puede alguien probar que usted las vendió?

—Cunde el rumor.

—Y la masa afirma que cuando el río suena piedras lleva. En este caso dos millones de dólares.

—Por valor de otros tantos he entregado cargamentos de rifles, cañones y municiones a los sudistas. Soy simplemente un mercader que proporciona el género con el que la humanidad se divierte con juegos de artificio.

—¿Puede demostrar que vendió armas a los del Sur?

—Sí.

—Algo es algo. Tercer cargo: ¿cómo relaciona usted su aparición con el vudú?

—Simple coincidencia.

—¿Puede demostrarlo?

—Nada tengo yo que ver con las danzas y las idioteces de las pieles de ébano.

—Lo sé. Pero hay que demostrarlo. El negro Marcus Danton, y la bruja Chagrín, la presunta Venus de ébano, sostienen que usted fue quien les instigó a rebelarse.

—Mienten asquerosamente.

—Pero parecen sinceros para la masa, ya que al declarar esto, se

ponían en peligro.

—Comprendo que es un cargo difícil de derrumbar. No obstante, ellos saben que mienten.

—Ellos saben que usted es odiado en Beaufort, y que cargándole cualquier canallada, encontrarán aprobación.

—Moraleja: si quieres crédito, compórtate moralmente. Lección algo tardía.

—Ayer noche, entre once y una, ¿qué hacía usted?

—Paseaba,

—¿Por dónde?

—Por el bosque.

—¿Cita de amores?

—No. Ya que mi prometida estaba descansando en la casa del capitán Dan Carter:

—Es posible que la masa, si usted replica que de once a una de la noche de ayer paseaba por el bosque, le citara el pantano donde los negros celebraban el vudú.

—No podre evitar la mala fe de la masa.

—Que tiene aparentemente toda la razón. Hay no obstante un caso curioso. Marcus Danton y Chagrin dicen que usted les incito a rebelarse, y admiten que si no progresó la rebelión fue gracias a que el Caballero Halcón apareció enmascarado como siempre, y les habló tan convincentemente que ellos desistieron de rebelarse, evitando así para Beaufort la más terrible de las suertes, porque los negros rebelados y exacerbados por el vudú son una masa de sanguinarios salvajes.

—Bien, ¿y qué?

—Observe la antítesis. Rock Gambler es odiado. El Halcón es venerado. —Entornó Gambler los ojos. Smarty Prescott continuó:

—Antítesis. Helen Ryan, la gran dama de Beaufort, odia a Rock Gambler, y adora al Halcón.

—Bien. ¿Dónde nos llevan todas esas comparaciones múltiples?

—A un final curioso. Suponga que yo logro demostrar que el Halcón y Rock Gambler son una misma persona, ¿qué le parece? Quedaría entonces demostrada la imposibilidad de que Gambler incitara a rebelión, puesto que El Halcón aplaco la rebeldía. Demostraría que los negros mienten. La masa quiere demostraciones patéticas. Si yo demuestro que usted es El Halcón, Rock Gambler no solo salva la vida, sino que será vitoreado cordialmente por los mismos que ahora le odian... entre los que esta Helen Ryan.

Hablaba Smarty Prescott con la, cansina voz habitual;

—Nadie lo creería —dijo Gambler sonriendo sarcásticamente por vez primera desde que el estilo directo de su interrogante, habíale hecho deponer su sempiterna actitud cínica.

—A mí me creerían.

—Entonces, ¿a sabiendas iba usted a mentir?

—A sabiendas diría la verdad. Cartas boca arriba, Dandy. ¡Usted es El Halcón!

—Diantres, diantres... Qué sorpresa, ¿eh? ¿Está usted loco, compadre? El Halcón es un caballero del Sur.

—Sí. Fue Michael Ryan, el hijo de Helen.

Rock Gambler tembló visiblemente, tratando de contener su sobresalto.

—Cuénteme uno de risa ahora.

—Deponga su cinismo estúpido, maldito tonto.

Ni siquiera ahora la voz de Prescott sufrió alteración.

Seguía reclinado indolentemente contra el muro, frente al camastro.

—Michael Ryan murió en las cercanías de Savannah, asesinado por dos pistoleros. Pasaba por ahí Rock Gambler, y acudió, dando muerte al que no pudo matar Michael Ryan. Halló Gambler en el pecho ensangrentado de Ryan un paquete de cartas. Cartas de madre. Una madre que sufre del corazón, y cuyo único amor es su hijo, el valiente y caballeroso Halcón.

Y entonces, Rock Gambler, ducho en trampas, decidió ponerlas al servicio de su alma noble. Imitó la letra de Michael Ryan, y fue dando aliento al enfermo corazón de Helen Ryan, mientras continuaba en apariencia siendo, el cínico tahúr sin escrúpulos,

—Oiga, por historia mucho menos fantásticas, hay tipos que se ganan la vida escribiendo folletines de periódico.

—Y Rock Gambler rubrica su última hazaña de El Halcón, evitando para Beaufort el incendio y las horrores de una rebelión de negros. Todo eso voy a decirlo yo en la sala dentro de quince minutos. Y aportaré pruebas.

Rock Gambler levantóse:

—Ya le he oído bastante, Pico. Ahora le voy a cerrar el pico. Tenemos pendiente la paliza.

—La paliza esperará. Se la daré al estúpido, que con la máscara cínica se hizo antipático a la masa. Pero al Halcón, que le conste, que no colgará de sogas.

—Esta paparrucha es un invento suyo.

—Tengo pruebas. No trate ya de desmentirme, Dandy, Usted sabe que cuando afirmo lo que digo, es porque sé que puedo aportar

prueba aplastantes.

—¿Una por ejemplo?

—En el tribunal me oirá.

—¿Iré al banquillo manos libres?

—No. Comprendo que intentaría enmudecerme a tiros. Pero no, Dandy, n0. Usted el cínico, usted el que blasona de carencia de sentimientos, no va a morir en la horca. Le adivino. Va usted a decirme que revelar en público que usted es El Halcón, es revelar a Helen Ryan particularmente que su hijo ha muerto.

—Habló usted de una ley humana, y antepuso la palabra madre a todas, porque nosotros los que siempre hemos rozado la muerte de cerca, hemos oído en todos los labios de moribundos, canallas, o no, la misma palabra final. Por esto mismo, Helen. Ryan no debe saber que su hijo ha muerto.

—Yo no le ayudo a convertirse en un héroe de tragedia griega. Usted no morirá para salvaguardar la vida de Helen Ryan.

—No es preciso acudir a tragedias. Deme una pistola, y le garantizo que con su navajita entre las manos atadas, yo saldré de la sala de juicios, y me perderé en la lejanía.

—Soy el delegado gubernativo, amigo. Esto que usted me propone es soborno y a otro cualquiera le hubiera yo dado ya un pescozón. Usted debe sentarse en el banquillo, y levantarse renegado cuando sepan, qué es El Halcón.

—Mi supuesta regeneración no vale la muerte de Helen Ryan.

—Es su única posibilidad de salvarse, Dandy Pólvora.

—No la acepto. Entre hombres, Pico, deme su navajita y déjeme esconder una pistola en mi bota.

—No. Tanto Cáster como yo, si atendiésemos a nuestro particular impulso, le salvaríamos sin juicio, echando abajo si preciso fuera las puertas de la cárcel: Pero él y yo somos servidores de la ley, y la acatamos.

—¿Fue acaso Dan Cáster quien le dijo que yo...

—Ah, ¿pero el pecosito sabía eso? Primera noticia. Entonces somos ya cuatro en saberlo.

—¿Cuatro?

—Usted, yo, Cáster y la persona que me informó.

—¿Quién es?

—Reside en Beaufort.

—¿Hombre o mujer?

—Mujer.

—¿Norah Blondel?

—No. Palabra que no. Lo sabrá en el tribunal. No se mueva.

Hasta después, Dandy.

Cuando Rock Gambler abalanzóse contra la puerta, ya Smarty Prescott con la agilidad de una anguila, estaba fuera de la celda, cuya puerta cerraba desde fuera a, doble vuelta de llave.

Por la mirilla sonrió desde el exterior:

—Dentro de diez minutos, quedará usted recompensado, Dandy. A veces el ser sentimental consuela de muchos pasados turbios.

Rock Gambler dejóse caer en él camastro. Una nueva perplejidad le angustiaba: ¿quién era la mujer que había informado a Smarty Prescott de su doble personalidad?

Capítulo 3

Los declarantes sin ecuanimidad

En la sala destinada a resolver los escasos litigios que presentábanse en la siempre tranquila ciudad de Beaufort, estaban ya reunidos los testigos de cargo que el juez Brodderick: Crawford había convocado.

Eran Marcus Danton, el atlético y letrado negro, Chagrín, la selvática bruja de la floresta y otros tres negros.

Manteníanse en pie,- respetuosamente-, porque estaban en una sala donde había blancos y conspicuos.

Helen Ryan, la gran dama de Beaufort, conversaba con el juez Crawford el, cual había ordenado instalar un sillón tras la mesa tribunalicia.

Los cinco declarantes de cargo, ocupaban un estrado enmarcado por una balaustrada, instalado a la derecha de la sala.

A la izquierda otro compartimento semejante, estaba destinado a contener los miembros del jurado,- que se limitarían a refrendar la sentencia dictada por Crawford.

Al fondo, una decena de bancos esperaban al público.

—En estos instantes, el señor delegado se baila interrogando al preso —replicó el juez Crawford a la pregunta de Helen Ryan.

—Particularmente, Broderick, podrá usted decirme cuál es la posibilidad de salvación que tiene... el preso.

—Ninguna. Los cargos son contra él muy sólidos. Un exceso de pruebas. Y si consiento en observar el formulismo legal, es simplemente porque no deseo contribuir a fomentar, las patrañas que por el Norte circulan, acusándonos de métodos anárquicos.

—Realmente es indigno que un forastero haya venido a Beaufort, con el sólo objeto de fomentar una rebelión entre los negros, y por añadidura cometer un alevoso asesinato..

—Con premeditación y nocturnidad. Premeditado, señora, porque anunció que venía a dar muerte a Theodor Clayton.

—¿No. especificó las causas por las que quería dar muerte a Theodor Clayton?

—No.

—Hay no obstante, algo que me llama la atención. Rock Gambler es un aventurero superdotado, al menos ese dicen Dan y otros caballeros conocedores... ¿Cómo explicar que después de suscitada la rebelión y asesinato Clayton, permaneciera en Beaufort, sin pretender huir para ponerse a salvo?

—Esos individuos de mentalidad ajena a la nuestra, poseen también una seguridad en ellos mismos que linda con la inconsciencia. Creyó por lo visto, que no sería descubierto. Demos gracias a que la rebelión se apagó en sus inicios, gracias al héroe caballeroso, al hombre que si bien es perseguido, es venerado por todos. Hablo, señora, de El Halcón.

Helen Ryan sonrió emocionada. Siempre que oía elogiar hazañas de su hijo, sentíase orgullosa.

—Ahí viene el señor delegado —anunció Crawford.

—Podremos, ya permitir que entre el público para elegir jurado.

Smarty Prescott con su peculiar paso cansino, vino a descubrirse ante Helen Ryan, cuya diestra besó, con elegante soltura.

—Buenas tardes, cowboy —sonrió Helen, complacida. Y de nuevo, calificó de maravillosos los blancos dientes de Smarty Prescott, que la miraba fijamente, abiertos los labios en extraña sonrisa.

—Cuando usted ordene, señor Prescott —invitó Crawford— daré las oportunas órdenes para permitir el acceso a la sala, al público que espera la vista.

—Que sigan esperando, juez. Por el instante, usted y yo, debemos poner en claro, determinados, puntos.

—Los que usted indique, señor delegado.

—Llámeme Prescott a secas, juez.

—En funciones de autoridad, Smarty es muy modesto —dijo, alegremente, Helen Ryan.

El sheriff de Tyalacox, miró nuevamente a la que amaba.

—Está usted muy contenta, Helen. ¿Puede explicarme las razones por las que sus chispas ojos tienen brillo de gata feliz?

Broderick Crawford, sobresaltóse. Nadie se atrevía a hablar tan familiarmente a la hermosa mujer que desde la muerte de su esposo, había prometido no escuchar nunca palabras halagadoras de boca de ningún cortejador.

Pero aumentó su asombro al ver que dócilmente y sin enojarse, Helen Ryan replicaba:

—Tenía un temor y ya se ha esfumado.

—¿Puedo Saber qué clase de temor era?

—Yo sustentaba la opinión⁵ de que Rock Gambler, llevaba impreso en su rostro la marca del crimen. Afirmaba yo que se leía en las líneas de su semblante la huella de todas las depravaciones y que a las claras adivinábase que no había delito ante el cual no retrocedería. No obstante, personas que eran muy de mi particular afecto, estaban equivocadas y sostenían que yo estaba en error. Y

que la cara no es a veces espejo del alma.

Smarty Prescott arqueó la ceja izquierda, endureció la mirada de sus ojos claros y sonrió sardónicamente. A la vez, murmuró

—Afirmaciones de mujer hermosa, locuras que el viento sólo puede creer. Usted, encanto, es una linda gazmoña que no tiene atribuciones para saber si un hombre es perverso o es un flan.

Broderick Crawford, aunque sabedor de que Smarty Prescott era, algo excéntrico, consideró que acababa de rebasar los límites que el decoro exige.

Helen Ryan, furiosa, convirtiéndose en estatua, sorprendida de la reprobación y el enojo.

—¡Smarty! ¿Ha bebido usted? Esta sonrisa es un compendio de cinismo y sus palabras son de rufián.

Volvió Prescott a recuperar su habitual fisonomía, y sonriente, agitó un largo índice moreno.

—Primera prueba. Ha bastado que hable vulgarmente y ponga cara | de hombre malo para que usted se altere, Helen. No obstante, ahora, míreme, ¿no soy el de siempre? Pido excusas por la demostración de mis posibilidades de actor,

—Ahora ya es usted, Smarty —dijo ella, apaciguada.

—¿Quién soy yo? ¿El de ahora o el de antes?

—¿Qué quiere demostrar con ésta comedia?

—Eso. Que a veces nos dejamos llevar por las apariencias. Acabo de hablar claramente con Rock Gambler. Dejé de sonreír como suele, dejó de hablar como acostumbra... y .era un hombre de apariencia tan honesta como el juez Crawford. Por eso, estimo, Helen, y no se ofenda, que usted si fuera declarante sería parcial, sería un testigo sin ecuanimidad.

—¿Cómo se atreve a afirmar esto, cowboy Le he dicho ya cien veces, que es usted bruto. El haber sido ranchero le dejó resabios de dureza.

—Tenga ecuanimidad, Helen. ¿Verdad que usted detesta cordialmente a Rock Gambler?

—Sí.

—¿Por qué razón?

—Por todo.

—Hay momentos en que todo no es nada, cuando se trata de juzgar a un hombre cuya vida está pendiente de una decisión.

—También usted parece defender al villano —murmuró Helen Ryan, sorprendida.

—La calificación de villano la dan los hechos y no las apariencias, Helen. Yo no defiendo, sino que constato. He

participado en miles de juicios, como testigo de cargo o descargo, y nunca me fijaba, en los semblantes de los acusados. Sólo me guió por un detalle fisonómico: sospecho maldades del hombre que no sabe mirar rectamente y que soslaya la vista rehuendo a quien le mira. Pero Rock Gambler mira como un hipnotizador. Usted reconoce que detesta a Gambler y yo repito que, por lo tanto, ya no está calificada para calificarle, puesto que un sentimiento particular se antepone a su libre albedrío en enjuiciar. Puede, si quiere, explicar la razón más poderosa por la que está deseando saber que Gambler ha muerto ahorcado.

—No lo considero preciso.,

—Oiga, juez, hágame un favor.

—Los que usted quiera, señor delegado.

—Vaya al chiquero de los negros y adviértales de quién soy y que dentro de unos instantes procederé, sin público, a interrogarles. Procure convencerles de que por las buenas soy don Quijote, pero que cuando quieren dárseles de tuno conmigo, soy un mulo loco, pegando y matando, Y dígales que tengo plenas atribuciones, tanto para ver ahorcar al culpable, como para matar a un declarante falso, si entro en sospechas. Gracias, juez.

Marchóse Crawford para ir a avisar a los cinco negros, que distaban una decena de metros del estrado.

—Hay caballos caretos, Helen —dijo Prescott, sentándose junto a ella— que son reacios a demostrar sensibilidad. No obstante, el buen jinete, sabe olvidar su fea apariencia, en este caso, diabólica, sonrisa cínica, y pronto hace buenas migas con el presunto villano.

—Usted es un desbravador. Yo soy una mujer, Smarty.

—Encantadora, pero obtusa, Helen.

—Está agresivo, sheriff.

—Quiero evitar que usted cometa la mayor de las injusticias, Helen, ¿Recuerda lo que últimamente me dijo referente a Rock Gambler? Para recordarlo es por lo que he alejado a Crawford, que ha sabido comprender que no debe regresar hasta que yo se lo indique.

—Yo... estaba furiosa, porque el preso se atrevió a insinuar la más horrible de las suposiciones.

—Con claridad: dijo que usted estaba enamorada de él. ¿Tan imposible es?

—¿Smarty! Yo a usted le he permitido libertades de palabra que nadie empleó conmigo. No abuse de ese privilegio.

—Usted sabe que yo estoy bebiendo los vientos por oír de sus suaves labios la dulce palabra sí. No hay en cien leguas a la

redonda, hombre más capaz de desempeñar el artístico sacerdocio del matrimonio, como Smarty Prescott. Soy, pues, el primero, en desear tener la seguridad de que usted no siente hacia Rock Gambler el menor sentimiento amoroso.

—¡Esto es inicuo! ¿No estoy fatigada de repetir que le odio? ¿Usted mismo 110 me acusa de falta de ecuanimidad, pretendiendo que acusó en vano al presuntuoso criminal, que osó decirme a la cara que si yo le detestaba era porque estaba enamorada de él? Me lo dijo con palabras mucho más vulgares... Yo quisiera que usted supiera lo qué es el pudor de mujer y más cuando esta mujer se llama Helen Ryan. Usted está orgulloso, con razón, de ser el temible y amable Smarty Prescott. Igualmente me ocurre así, no por temible y amable, sino por honesta y juiciosa.

—Disiento.

—¿Eh? —exclamó Helen, dispuesta a abofetear al hombre que hasta entonces consideraba ella compendio de atractivos masculinos.

—Disiento en lo de juiciosa, Helen. Se comporta usted con Gambler como una niña ansiosa de riña. Le provocó retándole a un duelo verbal en el que forzosamente había usted de salir malherida y perdidosa. Y a Gambler no se le ocurrió otra cosa para vengarse, que inventar esta patraña. El mismo es el primero en saber que no está usted ni mucho menos enamorada de él.

—Ha dicho usted que él quería rengarse de mí. ¿Vengarse? ¿De qué? ¿Qué le hice yo?

—Simplemente, que él siente por usted un respeto especial. Un respeto que nunca sintió hacia ninguna mujer. Usted sabe que yo no hablo a tontas y a locas. Por eso le hablo a usted —añadió, sonriendo— porque ni es usted tonta ni loca. Poniéndome serio, le diré, bajo mi palabra, que usted sólo tiene motivos de gratitud hacia el hombre que está preso.

—¿Gratitud? No le entiendo...

—Procuraré que todos nos entendamos, de manera que, a ser posible, no tenga que revelar un secreto que prefiero quede inviolado.

—Me intriga, Smarty.

—Base primera para interesar. Dígame, antes que me vaya a charlar con íes pieles negras, ¿usted siente por mí simpatía?

—Mucha —replicó ella, sencillamente.

—¿Simpatía de amistad y afecto?

—De amistad y... afecto.

—¿Afecto susceptible de convertirse en cariño?

—No sea impertinente, Pico de Tucán. Le permito demasiadas...

—... libertades de palabra. Y yo correspondo, dispuesto a perder mi libertad de acción. He venido a Beaufort como delegado del gobierno de Richmond. Es mi intención no marcharme de Beaufort, hasta que no logre mi máximo anhelo. Esto que me desvelaba por las noches; viajeras cuando en las estrellas veía tu imagen, Helen. Me enajenaría oírte decir que...

—No se enajene, Prescott —dijo ella, con fingida severidad—. Debe conservar el completo dominio de sus facultades. Es usted la máxima autoridad en Beaufort.

—Cuando el caso Gambler y el caso Vudú queden finiquitados, para emplear palabras jurídicas, reanudaremos el caso más importante.

—¿Qué es? —preguntó ella, tentadora...

—Nuestra boda. Hasta luego, señora Ryan.

Quedóse ella contemplando la apuesta figura del larguirucho pistolero inteligente al servicio de la Ley, Y decretó que... en efecto, el caso más importante era una boda...

Broderick Crawford se separó de, la balaustrada, cuando a ella llegó Smarty Prescott, que, en silencio, observó los rostros temerosos de los advertidos declarantes.

Prolongó expreso el silencio Prescott. No había amenaza en sus ojos. Su semblante era sonriente y amable... y, no obstante, los cinco esclavos ostentaban un gris cenizoso en sus pieles, que era síntoma del palidecimiento de su raza.

—Bien, muchachos. Creo que me conocéis de oídas. He tratado con todas las razas. Algunas difíciles como la mía, otras complicadas cómo la roja, y una graciosa, como la vuestra. Sois niños buenos mientras os tratan bien.

—Y a eso vengo. A trataros bien. Pero también como los niños, sois crueles, cobardes y mentirosos. Yo quiero que seáis niños buenos. Veamos, tú, el primero, Marcus Danton.

El aludido irguió por fanfarronada su alta estatura.

—Yo soy Marcus Danton.

—Ya lo sé. Tienes cultura. Sabes leer y recitas párrafos de los libros a los que te escuchan. Sin duda habrás leído y si no lo decían tus libros te lo enseñaré yo, que en el código del Oeste, de donde procedo, hay un crimen imperdonable y que castigamos a muerte: la mentira.

Hizo una pausa e insertó los pulgares en el cinto, sus dedos extendidos palmetearon sobre las culatas.

—Tengo atribuciones de ley, para matar en el acto al que me

mienta, es algo tan sagrado como es la justicia de los bancos. Perdono la primera mentira. Pero si la repiten, disparo. Elige, Marcus Danton.

—Hablo siempre verazmente, juez Prescott.

—Soy más que juez, Marcus. Soy delegado. Eso es un cargo de mucho peligro. Sólo lo dan a los que perdonamos con la misma facilidad que matamos.

—Pregunte qué yo y ellos contestaremos con la verdad, delegado Prescott.

—Me consta que, por temor o por presión, habéis mentido. Tengo pruebas de que Rock Gambler no os incitó a la rebelión. He hablado con El Halcón...

Una mirada de pánico alentó en los ojos de Marcus Danton, el cual miró de soslayo a Chagrin, que continuaba impasible, erecta: como una bella víbora.

—He hablado con El Halcón y éste me ha dicho que aparecerá en el juicio público y declarará quién fue el verdadero instigador del vudú. ¿Persistes tú, Marcus Danton, en declarar que fue Rock Gambler quien os incitó a reunirás clandestinamente resucitando las extinguidas prácticas del vudú?

—Hablaré cuándo El Halcón hable, delegado Prescott.

—Hablarás porque yo te lo ordeno, Marcus Danton.

—Si sabes que El Halcón nos diseminó, prohibiéndonos levantarnos en armas contra nuestros benefactores, puedes también saber quién me incitó a convocar a mis compañeros de raza.

—¿Fue Rock Gambler? —y él repiqueteo de los dedos de Prescott .sonó más metálicamente contra las culatas.

—Así lo dijimos en nuestra primera declaración.

—Vuestra primera mentira. ¿La, repites por segunda vez?

—No...

—Entonces, ¿reconoces que mentiste?

—¡Tus preguntas son malignas! —exclamó Chagrin, la presunta Venus de Ébano.

—La inocencia te acompañe, Chagrin —replicó Prescott—. Que de no ser así, sabréis todos hasta qué grado de malignidad puedo llegar, cuando se conjuran pata impacientarme.

—Y me estáis impacientando: el público de blancos espera, el juez espera, Missus Helen espera, yo, Smarty Prescott, espero. ¿Y todo por qué? Porque cinco negros rebeldes se creen capaces de engañar con falacias a los que les quieren bien. ¿Y qué hace el padre enojado cuando sus niños persisten en mentir? Los azota. Pero vosotros sois niños grandes. Iréis a la horca si persistís en

querer engañar a un delegado del gobierno de los caballeros del Sur. ¿Sabéis, desventurados, lo que es un delegado de los caballeros del Sur? Es un brujo blanco. Este soy yo, Smarty Prescott un brujo que cuenta Con la amistad de El Halcón y que está en posesión de la verdad. Un hambre que lee tras vuestras frentes y adivina el pensamiento. Tú no eres la Venus de Ébano, Chagrin. Murieron las descendientes de la verdadera Venus de Ébano. Tú has mentido y engañado a tus hermanos de raza. Si con ellos fuiste engañosa, ¿puedo darte crédito? Calla pues y deja hablar a los hombres. Tú, Marcus Danton, eres inteligente. Pudiste ser engañado por algún agente yanqui. Lo mismo que pudo inducirte a resucitar el vudú falso, porque te hiciste cómplice de la mentira de Chagrin. ¿Sabes lo que me dijeron en Richmond al nombrarme brujo delegado? Me dijeron que debía matar sin piedad a los que persistieran en mentir y oponerse al triunfo del Sur. Hay soldados azules por las cercanías, Marcus Danton. Estamos en guerra. No es un juego de niños y mi paciencia se agota.

La cansina entonación del sheriff de Tyalacox, producía en los negros más pavor que gritos y amenazas. Y pareció como si Smarty Prescott lo hubiese adivinado, porque añadió:

—No tengo por costumbre ser hombre al cual la fuerza se le va por la boca. Con vosotros he hecho una excepción, porque sé que, aparte Chagrin, vosotros, en el fondo, no sois perversos. Por última vez, Marcus Danton, ¿persistes en declarar culpable de incitaros a la rebeldía a Rock Gambler?

Marcus Danton agitó la cabeza hacia arriba, hacia abajo y hacia los lados. Temía replicar...

Lentamente, una de las pistolas enfundadas en las aceitadas pieles, fue asomando, como atraída por el imán de los largos dedos de Smarty Prescott...

De pronto, irrumpió en la sala, el carcelero. Corría, despavorido el semblante.

—¡Se ha fugado! ¡Se ha fugado! —gritó, deteniéndose ante el juez Crawford.

—¿Quién? —preguntó, alarmado Broderick Crawford.

—¡El preso! ¡Rock Gambler!

—¡Imposible! Si acabo de dejarlo... dijo Prescott, sin alterarse.

No obstante, alargó el compás de sus largas piernas y seguido por Crawford y por Helen Ryan, dirigióse al lugar donde estaba enclavada la celda.

Abrió la puerta, empujó, y vio en el fondo, el vacío en el sitio donde las rejas cerraban el espacio de la única ventana.

Acercóse y tocó los retorcidos hierros. Sus yemas palparon algo grasoso.

—Aceite —comentó, maquinalmente.

Recogió limaduras en el marco.

—Limas y aceite, para que no se oyera el chirriar de las recias limas. ¿Quién se sentará en el banquillo como culpable de haber dado libertad a un preso esperando el veredicto de muerte?

Capítulo 4

La huida y el cómplice

Al salir Smarty Prescott de la celda, Rock Gambler, sentado en el camastro, trataba de hallar una solución.

El egoísmo de vivir le acuciaba. Pero también sentía que era cierto que el sublime deseo de sacrificio, tenía una fuerza incontenible.

Él, a quien todos juzgaban un cínico capaz de todas las maldades, prefería morir a que fuera revelado el secreto de la verdadera personalidad de El Halcón.

Y adivinaba que Prescott era inexorablemente sincero, al afirmar que sólo aquello podía salvarle.

Tensó los músculos, cuando los rayos de sol que proyectaban el espacio enrejado en el suelo, quedaron obstaculizados por algo que les impedía refulgir.

Volvió la cabeza y pese al dominio de sus nervios, sobresaltóse, porque casi era espectral la figura que le miraba a través de las rejas y desde la parte exterior y posterior de la cárcel.

Un velo negro, tupido, cubría los rasgos, faciales del ser humano que, introduciendo una mano enguantada de negro, colocaba, tras las rejas, varias limas en paquete y un frasco conteniendo líquido oleoso.

—Tu caballo está en la encrucijada del lobo, Rock. A las ocho, en la cima del monte Warder.

Retiróse la espectral figura y abalanzóse Gambler a la reja. No vio más que el jardín...

Rompió la cuerda que unía el conjunto de limas y abriendo el frasco vertió en sus manos aceite, con el cual frotó la superficie de los hierros en su remate alto, subiéndose al camastro.

Trabajó activa e intensamente, empleando toda la fuerza de sus muñecas. Cantaba a la vez, para ayudar al silenciamiento que ya el aceite ejercía sobre los hierros mordidos por los agudos dientes de las poderosas limas.

Al quedar segados los cuatro remates, introdujo en sus bolsillos limas y frasco y entonces, afianzándose los pies, fue doblando hacia abajo los hierros.

Gruesas gotas de sudor bañaron su frente cuándo terminó la titánica labor.

Los hierros formaron visera vertical de reja prolongándose de la pared en este sentido.

Introdujo las espaldas, por la abertura y contorsionándose logró asomar el busto. Percibía los rumores de la confusa charla de los agrupados ante la puerta de la cárcel.

Pero en la parte posterior, la cárcel tenía un jardín de exuberante floración.

Deslizóse a través de la ventana sin rejas y silenciosamente, inclinado, casi arrastrándose, atravesó el jardín.

La encrucijada del lobo estaba cercana, pero debía atravesar dos calles. Y había mucha gente transitando...

Dispuesto a jugarse el todo por el todo, atravesó una de las calles, echado sobre los, ojos el ala del sombrero.

Corrió hasta alcanzar la otra calle que daba ya salida al campo de algodonereros y entró en la blanca extensión, agazapándose entre los arbustos.

La excitación que reinaba en Beaufort hacía que todos los grupos que se dirigían hacia la cárcel, no tuvieran más que dos motivos de atención: oír a los que hablaban de la cercanía de fuerzas yanquis y comentar la próxima ejecución.

Nadie paraba mientes en los que corrían. Eran impacientes por ocupar alguno de los primeros bancos en el acto del juicio contra Dandy Pólvora

Media hora después, llegaba Gambler a la encrucijada señalada por la figura velada.

Allí, la estampa briosa del potro negro Brujo le reconfortó. Libertad suponía secreto para El Halcón.

Y nadie volvería a encarcelarle... Miró satisfecho el rifle que cruzaba la silla y las dos pistolas hundidas en las fundas del arzón.

Montó y a todo galope tomó el camino del monte Warder, el que como centinela, erigíase a diez leguas de Beaufort.

Era un sitio ideal la cima. Oculto entre árboles, tenía diferentes vías de escape, por las laderas, si alguien se acercaba.

Pero a las ocho en punto, una silueta montada en caballo blanco ascendió hacia la cima.

Rock Gambler suponía que era Nora Blondel su dadora de los instrumentos que le permitieron huir.

Se aproximó ayudando a desmontar a la amazona de rostro velado.

—Ya puedes quitarte éste cendal, que oculta tu lindo hociquito, Blondie. Has estado magnífica. Gracias a ti, no te has quedado viuda antes de tiempo.

La luna iluminaba el paraje, donde el crepúsculo huía ante la invasión de la noche.

Quitóse la misteriosa amazona el velo y Rock Gambler dio un paso hacia atrás sorprendido, al ver a su salvadora.

Era el rostro armonioso y delicado de Rosalie Ryan, la hermana del verdadero Halcón.

* * *

Smarty Prescott volvió a cerrar la puerta de la celda.

—No eche la llave, cancerbero. Vaya en busca del herrero y que ponga otras rejas.

Echó a andar flanqueado por Helen Ryan y Broderick Crawford. Una mirada extraña dé Helen Ryan le hizo sonreír, pero ácidamente.

—Piénselo, pero no lo diga, señora.

—Y usted, también, juez Crawford. Pueden pensar que yo he facilitado las limas y el aceite, pero no lo digan... porque, me molestaría. Estuve hablando con Gambler. Me pidió una pistola y una navajilla. No se las di. Yo puedo intentar demostrar que no es culpable, pero cuando me empeño en una palabra, cumplo. Y prometí ser delegado judicial. Lo soy. Yo no he facilitado la fuga de Gambler

—¿Quién se atrevería a pensar tal cosa? —protestó Crawford.

—Usted mismo. —Y usted también, Helen. No se los reprocho. Es natural. Todos me llaman pistolero al servicio de la Ley. Y puedo tener también fama de excéntrico. Óiganme bien. El juicio contra Gambler seguirá su curso, porque, vivo o muerto, yo mismo traeré al acusado. Y he rastreado pistas más difíciles.

Salió al exterior y estaba montando su caballo, cuando el juez Crawford se le acercó corriendo.

—¡No puede ser más que Sally, la Norah Blondel!

—A eso voy.

Encabritó Prescott el caballo, para disgregar a los curiosos que rodeábanle.

Picó espuelas y a todo galope partió hacia la casa de Dan Carter. Descabalgó ante la verja y Bienamay, el ama de llaves, rolliza y jovial, acudió a abrir.

—Mi amo no está, señor delegado Prescott, Bienvenido. ¿Quiere refresco?

—Gracias Bienamay. ¿Puedo hacerte un par de preguntas tontas?

—¡Oh, señor! ¡Cuántas quiera! Mi amo le aprecia mucho. Es te mismo mediodía me decía que usted es todo un valiente caballero, de los que quedan muy pocos, salvo mi amo y el señor' Halcón.

Andando hacia el pórtico. Smarty Prescott hizo la pregunta que

consideraba inútil:

—¿Puedes anunciar a miss Blondel mi visita?

—Sí, señor. Con mucho gusto —canturreó Bienemay.

El inalterable Prescott parpadeó.

—¿Está en casa la señorita Blondel?

—Si no estuviera, señor delegado Prescott mal podría yo darle la noticia de que está usted aquí,

—Pero... ¿no salió para nada?

—Desde esta mañana en que salió con el señor Gambler y volvió sola antes del almuerzo ha estado conmigo... —y retorcióse la negra, como para confesar algo secreto—... y hemos estado jugando a echarnos las cartas.

Miró Prescott con suspicacia a la negra. Pero la vio sincera.

En la antesala esperaba ya, ansiosa, Norah Blondel. Aquella misma mañana (1) habíase separado de los dos hombres, y conocedora del carácter de ambos, aguardaba impaciente. El ver llegar a Smarty Prescott la sumió en angustia.

Temía que en la pelea hubiera perdido Rock Gambler. Y perder ante Prescott, Pico de Tucán⁵, significaba una muerte segura.

—¿Rock? —inquirió, con un hilo de voz

—Hola, Norah. Me complace verla —y mientras hablaba echó Prescott una ojeada a la mesa, encima de la cual los naipes de cartomancia estaban extendidos.

—Por una vez no sea tan calmoso, Smarty. ¡Dígame! ¿Le ha sucedido algo si Rock?

—Con sinceridad, ¿cómo voy a saberlo?

—Esta mañana... se fueron ustedes a pelear. Usted está en pie. Y viene a comunicarme que... Cuidado, Smarty, porque si viene a jactarse de que ha vencido a Rock, yo...

—Soy delegado del gobierno de Richmond y, por tanto, inatacable —replicó, amablemente, Prescott—. No hemos peleado... aun, con su tormento. Hace apenas media hora me separé de él y gozaba de excelente salud y su físico no estaba deteriorado, porque, como le dije, aún no hemos peleado.

—Entonces, y siempre creeré, en lo que usted diga, Smarty, ¿cómo es que no ha venido Rock?

—Tiene muchas obligaciones sociales. No salga de la casa, porque puede venir de un instante a otro, No la molesto más, Norah. Vine tan sólo para visitarla. Vuelvo a mis obligaciones.

—¡Algo ocurre que usted no quiere explicarme!

—Oh, sencillamente, que le he perdido la pista a Rock, y quiero verle. Tenemos pendiente un asunto.

Ella avanzó colocando su mano en el antebrazo pétreo del cowboy.

—No pelee con Rock, Smarty. Perderá... de todas formas. Yo le tengo afecto y no quisiera matarle, Smarty... Y lo haría si usted le causa el menor daño a Rock.

—Él sabe defenderse ¿no? A muerte no he de pelear, pero el gusto de quebrarme los nudillos, contra el rostro dé mármol de su prometido, no hay humana fuerza que pueda impedírmelo, Norah. Mejor para usted. En la cabecera del lecho del vapuleado, lo tendrá a su disposición varios días seguidos y sin interrupción. Hasta pronto, miss, Blondel. Siempre su obediente amigo y servidor.

Con su habitual soltura, inclinóse él, alto y elegante, besando la diestra de Norah Blondel.

En el jardín le salió al encuentro Dan Cáster, que acudía presuroso.

—Buenas tardes, capitán —y guiñó Prescott—. Vayamos, a pasear. Me dirá por el camino lo que desee decirme —y volvió a guiñar.

Ya a caballo y alejados de la verja, añadió Prescott:

—Ella no sabe nada era, pues, conveniente que usted, a grito pelado, me anunciara lo que ya sé: que Gambler se ha fugado. .

—¡Nadie se lo, explica!

—Limas y aceite.

—Pero, ¿quién se los proporcionó?

—Esta es la pregunta que me formulo... y creo haber hallado la respuesta. ¿Fue usted, capitán Carter?

Dan Cáster enrojeció indignado

—Particularmente, podré desear que Gambler haya escapado, pero oficialmente soy el primer interesado en que la justicia se haga, con toda legalidad. Por lo tanto, me ofende, señor Prescott, al insinuar esa calumnia.

—Idénticamente le hablo. Tenemos comunidad de pensamientos. No me queda más que arrestar a la persona cómplice de la fuga de Rock Gambler y créame qué lo siento.

—¿Lo siente? ¿Sabe quién es?

—Sé quién es. Y digo que lo siento porque la ley humana es a veces dura de cumplir. Yo mismo, tengo qué cumplir lo que me pertenece: traer vivo o muerto a Rock Gambler y detener a la persona cómplice de su fuga. Y ambos, él y la persona cómplice, me son simpáticos. Pero, cumplamos cada uno con nuestro deber. Es posible que Rock Gambler acuda a llevarse a Norah Blondel, que está ignorante de cuanto sucede. Coloque centinelas.

—Me basto yo. También sintiéndolo mucho, si aparece Rock Gambler, muerto o vivo, lo llevaré a la sala de juicio.

—Atienda, capitán. ¿Puedo ordenarle algo?

—Usted manda —dijo, rígido, el joven oficial.

—Entonces, coloque varios soldados con orden de disparar si Rock Gambler viniera y, como es natural, no aceptará la intimación de rendirse.

—¿Me cree incapaz de detener yo solo a Gambler?

—No. Lo que pretendo es, evitarle la responsabilidad de ser usted el autor de los disparos que pudieran acabar con la vida de Gambler... y con las hazañas caballerosas de El Halcón. Por lo tanto, haga lo que le indico: coloque varios soldados, cuantos más mejor, bien distribuidos, y ocultos, por el jardín de su casa. Adiós, capitán, tengo prisa. Debo hacer varias cosas. Rastrear las huellas desde la parte posterior de la cárcel... y rastrear también a la persona que facilitó limas a nuestro amigo enemigo.

* * *

Rosalie Ryan y Rock Gambler permanecieron en silencio, mirándose con desconcertada fijeza por parte del aventurero y con emoción contenida por parte de la muchacha de dieciocho años, novia de Dan Cáster y hermana del muerto bandolero caballero.

—Gracias con toda mi alma, Rock.

—Un principio de noche fantástico, Rosalie. Me da usted las gracias... y usted es quien me salvó la vida.

—Usted ha salvado la vida de mi madre. Rock.

El aventurero crispó las mandíbulas. Lágrimas silenciosas resbalaban por las mejillas de la que, sin ruido, sin sollozos lloraba lenta y dolorosamente...

—Michael era muy sensible, Rock —fue diciendo ella, entrecortadamente—. La última vez que le vi, me dijo que en sus cartas emplearía un recurso que sólo yo sabría. En los párrafos que a mí me dedicase no pondría comas. Así yo sabría que era él quien escribía, ya que su letra era muy fácil de imitar. La primera carta en la que vi las comas, me sumió en zozobra... Vi entonces que no era Michael quién escribía...

Rock Gambler estaba dispuesto a no replicar y denegar si le era posible.

Pero la actitud acongojada de la hermana del difunto Halcón, le impedía recurrir a su fácil máscara de cinismo...

Sentíase emocionado ante la tragedia de la que adivinaba había callado sabiendo que su hermano había dejado de existir,

—Disimulé... Lloré noche tras noche... Pero 110 quería que mi

madre supiera... El amor de Dan me consolaba y me daba fuerzas durante el día para reír y no hacer patente mi íntimo dolor. Michael... mi hermanito... querido... había muerto.

Rock Gambler buscó en vano palabras que hicieran cesar la aflicción de la que hablaba. Pero no podía.

—Observé entonces la coincidencia... Varias coincidencias... Primero, el propio Dan, defendiéndole a usted... Después, usted mirando a mí madre, con mirada henchida de respetó... Casi la mirada de un hijo... ¡y esto era usted!... También observé la coincidencia de su presencia en los sitios donde aparecía El Halcón... Savannah, Richmond, Beaufort... Y entonces adiviné el sublime gesto con el que Rock Gambler, el despreciable tahúr, daba vida a un corazón de madre, dando vida al Halcón...

Rosalie Ryan avanzó, hasta que su rostro quedó cercano al de Rock Gambler. : .

—Mi hermano... lo he llorado... pero ahora tú le substituyes, Rock. Y por esto... aquí estoy...

Echóse ella en brazos del aturdido aventurero, que al sentirla llorar contra su pecho, murmuró, torpemente:

—Rosalie... No llores, porque me causa dolor tu pena. Michael era un hombre bueno y esperándote está en el lugar donde todas las almas buenas se reunirán... No llores y sonríe... porque tus sonrisas son valientes y hacen vivir a Helen Ryan...

Fue ella calmándose y alzó el rostro sonriente, aun bañado en lágrimas:

—Dan te quiere Rock, yo también. Tenemos que procurar que mi madre sepa toda la grandeza de tú alma y tu sacrificio.

—Esto no... Ella tiene que seguir ignorando que Michael no podrá volver...

—Tú eres perseguido por un crimen que no has cometido. Tú mismo has evitado para Beaufort la horrorosa tragedia de una rebelión sangrienta.

—Huiré y Smarty Prescott, inteligente y justiciero, hará luz en este tenebroso asunto. Descubrirá quien puso el botón mío junto al cadáver dé Clayton. Pero tú te has arriesgado ya demasiado, niña, Pueden haberte visto...

—No. Cuando me acercaba a la fachada posterior de la cárcel, entraba Prescott en tu celda. Os oí... Yo fui la mujer que le dijo que tú eras El Halcón.

—¿Por qué se lo dijiste? —reprochó Gambler.

—Porque es un caballero y él solo podía evitar que colgara a Rock Gambler. Todo el pueblo, menos Dan, yo y Prescott, están

contra ti.

—Castigo a mi tonta actitud que a partir de hoy modifico, niña, y te lo demuestro hablándote con ternura, porque anido acumulada ansia de volcar mi sed de afecto en un cariño noble como el que tú me ofreces: un cariño, de hermana.

—Mi madre ha de tenerte aprecio, Rock. Me duele que ella te deteste.

—La culpa es mía. Ella es sensible, como todos los Ryan y mis jactancias de perverso en apariencia, la hicieron que, con toda justicia, me cobrase antipatía.

—Hemos de remediarlo.

—No sé cómo.

—Smarty Prescott, Dan y yo misma somos tus aliados. Entre los cuatro podremos hallar la solución que tú no encuentras.

—No hay más que una: revelar a Helen lo sucedido... y entonces, volvería a ser el hombre malo, Rosalie. Y al que le dijera a Helen, que yo soy El Halcón, fuera quien fuera, le pediría yo explicaciones y no en buena forma ni con modales suaves.

—Huye ahora, Rock. Y ya hallaremos solución.

—Eso voy a hacer. La verdad se hará, sin necesidad de recurrir a revelar lo que debe seguir secreto. 'Smarty Prescott es un lince. Desenmascarará a los culpables. Pero vas a hacerme un gran favor, Rosalie.

—Bien sabes que desde hace meses, mi alma te bendice, Rock. Y me costaba mucho disimular cuando te veía. Sentía deseos de arrojarme en tus brazos.

—¡Me salvé! —rió emocionado Gambler—. Lo haces y me mata el señor capitán Cáster. Sabes que en su casa está alojada Norah, mi novia, la mujer con la que voy a casarme.

—¿Era por ella que querías comprar la finca de Lloyd, que mamá té impidió, ofreciendo más dinero?

—Sí.

—Otra cosa que tengo que arreglar —dijo ella, con seriedad de niña obstinada en un propósito.

—Irás a decirle a Norah, que se vaya y me aguarde en Broundyers, el poblado al norte de Norfoll. Allí nos reuniremos, mientras queda aclarado este asunto. ¿Lo harás?

Ahora mismo, cuando me despida de ti hasta pronto.

—Esta noche, ¿no echarán de menos tú ausencia?

—Dije que iba a verme con una amiga mía.

—Bien, Rosalie: debo decirte que hace tiempo no he sentido la agradable sensación de que una mujercita buena como tú, me

hablara con afecto puro. Será ingenuo, pero siento en la garganta un nudo y no es de corbata. Y ahora estoy en paz con mi alma, porque compruebo que las buenas acciones tienen recompensa. Ya no volveré a ser el cínico Rock Gambler... El Halcón seguirá llevando, máscara, pero yo me quitaré la mía.

—Así es como debe de ser, Rock ¿Oíste? —dijo de pronto, sobresaltada.

Saltó Gambler hacia atrás y en su zurda brilló la plateada, filigrana de su pistola.

Un árbol cercano pareció animarse con la voz de Smarty Prescott:

—Date preso, Dandy.

Capítulo 5

El general Sherman Los acorazados Un auxiliar muy solicitado

De los cinco cuerpos de ejército que los políticos de Washington determinaron debían hostigar a los enemigos en su propio terreno, uno de ellos estaba al mando del general Sherman.

Le había sido designado como zona de operaciones a su libre mandato, la comprendida en el círculo costero cuyo centro de litoral era la populosa ciudad de Savannah, y cuyo límite occidental era la cordillera de los montes Azules.

James Sherman, el nuevo general, en jefe de uno de los cuerpos de ejército en quien más confiaban los de Washington, era uno de los altos mandos más jóvenes del ejército unionista.

¡No contaba, más que treinta y cinco años de edad y antiguo discípulo de la Academia de West Point, el colegio militar de los Estados Unidos, fue capitán de ingenieros y de caballería, asistiendo a la campaña de Méjico y más tarde a la de Crimea con clase de agregado militar.

Abandonó por último la carrera de las armas, como tantos otros, para dedicarse a negocios y especulaciones de orden civil.

Era director de una compañía, de ferrocarriles cuándo al empezar la guerra de Secesión, se le dio el nombramiento de general de división y se le puso al frente del ejército que tenía que avanzar hacia el Sur.

Tuvo que vencer en dos meses muchos obstáculos, para alcanzar la zona montañosa que dominaba el litoral de Savannah, y para llegar hasta allá realizó una brillante campaña de ahorro, según la calificaban sus propios soldados.

De ahorro porque Sherman evitaba en lo posible el combate, siendo muy prudente y deseoso de evitar bajas.

Corría el rumor de que los de Washington le consideraban el más calificado para sustituir al anciano y achacoso general Scott que ostentaba el generalato supremo.

Mientras, el hecho de que las cinco divisiones, designadas para internarse, en territorio separatista, pudieran alcanzar fácilmente los objetivos de acampamiento señalados, hizo que los unionistas, impresionados desfavorablemente por el desastre, de Bull Run reaccionaron ahora en sentido contrario, llenándose de confianza y viendo, muy cercano el aplastamiento de las-fuerzas contrarias,

ensoberbecidas por el triunfo de sus fuerzas en Bull Run. Y esta confianza, determinó el hecho curioso, que la historia bélica ya ha registrado: el vencimiento se consideró cosa segura y los asuntos referentes a la guerra parecieron cosas secundarias de que los políticos consideraron innecesario ocuparse, dejando él puesto a la cuestión de la esclavitud.

Durante el recorrido hacia sus, puestos de acampamiento, los cinco cuerpos del ejército actuaron de modo distinto. Así como Butler, general de una de las cinco divisiones, protegía a los negros que, fugándose de las plantaciones a acudían a su campamento errante, otros, como el propio Shermann, se limitaba sólo a la parte militar, ignorando la cuestión esclavismo.

No sólo no quería proteger a los fugados, culpables en su mayoría de excesos criminosos, sino que no quería oír hablar de los negros, ni de política, diciendo que sólo se combatía por la Unión de los Estados y por la ley, y no por la esclavitud.

A los del Norte y el Sur, les seguía separando el asunto del abolicionismo, pero por la división política en el Norte entre republicanos y demócratas, sucedían hechos curiosos.

Como el de que el general Freemont, que daba libertad a cuantos negros se le presentaban, incurrió en el enojo de los demócratas, los cuales, quejándose al presidente Lincoln, obligaron a éste a que quitara el mando a dicho general, para congraciarse con los demócratas cuyo concurso necesitaba.

James Shermann, gozaba de la reputación de ser un demócrata acérrimo y los republicanos, con la creación del numeroso ejército del Potomac y las ventajas alcanzadas en diversos puntos, creyeron segura la victoria y empezaron a temer que si entregaban la dirección de la campaña a Shermann, un demócrata, éste resolviese la guerra a gusto de sus parciales, es decir, sin arreglar el candente asunto de la esclavitud.

Otros afirmaban que sería peor, porque Shermann, por su abstención en cuidarse de la cuestión esclavista, permitiría que la intervención extranjera en Méjico llegara a conquistar allí más terrenos para la esclavitud, lo cual rompería de nuevo el equilibrio a favor de los demócratas.

Por eso, opinaron que lo más corto era quitar el mando a Shermann, pero al no poder lograrlo, empezaron contra él una guerra sorda y atroz, en la cual no se sabía que alabar más, si la serie de obstáculos que se complacían en colocarle a su marcha, o la paciencia de Shermann para aguantar tanta impertinencia como era la de ver discutir sus planes de campaña por gente que no entendía

una palabra de estrategias.

El presidente Lincoln, por ejemplo, desaprobó el plan de operaciones de tomar por el flanco las fuerzas sudistas acampadas en un lugar núcleo ferroviario, que quería se tomase de frente.

Hubo que convencerle de que esto último era un disparate. En otra ocasión le envió uno de sus correos personales, con la orden de que rompiesen el movimiento de marcha todas las fuerzas en un día dado, como si se tratase de una compañía.

Otro disparate ante el que Sherman quedó estupefacto y tomó para sí la responsabilidad de no obedecer.

Otra vez, dispuso que no pudiera Sherman cambiar de base de acampamiento, sin ir dejando a su retaguardia fuerzas suficientes para cubrirse el camino.

Ante tal impertinencia de quienes desde sus sillones del Congreso, querían dictarle órdenes de táctica militar, estuvo Sherman a punto de dimitir, pero aguantó, jurando que, pese a enemigos y aliados, él defendería los colores de la Unión.

Dirigir una campaña en tales condiciones, era poco menos que imposible. Sin embargo, James Sherman, que era un buen general en toda la extensión de la palabra, simpático al ejército y querida de sus tropas, creyó desdorado dimitir en vísperas de grandes combates y permaneció en su puesto, sacrificando su porvenir y su nombre.

Tenía la convicción de que realizando sus propios planes de campaña era casi seguro el triunfo, y precisamente esto, aunque parezca mentira, era lo que no se quería: se le escatimaba la gloria que pudiera alcanzar, por el hecho de ser demócrata y se trataba de que aquella se la llevasen por entero los generales republicanos.

Conocido esto, no extrañará que en el curso de la campaña, parecía como si los unionistas tuvieran interés en perder y que Sherman quería ganar a toda costa, aunque le privaran de los elementos más indispensables para ello, obstaculizándole los suministros de Intendencia, enviándole escaso municionamiento, y tratando de confundirle con multitud de órdenes contradictorias dimanantes del congreso de Washington.

Tampoco, pues, extrañará que aun siendo amigo personal y cordialmente respetuoso con Abraham Lincoln, se estremeciera colérico cuando uno de los correos personales del presidente, acudía a visitarle en los sucesivos campamentos que jalonaron su marcha triunfal hasta el definitivo que como base instaló en una estratégica posición de la cordillera de los montes Azules.

James Sherman, rechoncho y de mediana estatura, ostentaba

como rasgo sobresaliente una larga perilla estrecha a la que se reunía un bigote ancho y de caídas guías.

Decían sus soldados que cuando hablaba, pensaba con la barbilla, porque mesándosela parecía extraer de ella; lo que iba a decir.

El correo personal del presidente, fue introducido en la tienda de campaña,

El día caluroso, en que el verano prodigaba sus máximos ardores, justificaba el sudor que resbalaba por el rostro del correo.

James Shermann, en mangas de camisa, al igual que sus oficiales, miró ferozmente al correo, mientras daba tirones impacientes a su larga y estrecha perilla que le llegaba a medio pecho.

—A sus órdenes, mi general —saludó el correo, demostrando en su mirada a las claras, que no sólo sudaba por el bochorno del día caliginoso, sino porque conocía los recibimientos que Shermann dedicaba a los mensajeros de Washington.

—Hola, amigo. ¿No están allá fatigados de enviarme órdenes a las cuales no quiero hacer caso?

—Esta vez, mi general, se trata de algo importantísimo...

—¡Siempre...! ¡Siempre es importantísimo lo que aquellos botarates imaginan! ¡Una nube de papanatas que deberían conocer la sabiduría del refrán que exige que cada zapatero se las entienda con las botas que lo corresponde arreglar! Mas, pronto se cansarán allá de hostigarme con imbecilidades a las que no hago caso, que yo de desbravarme injustamente contigo. Al fin y al cabo tú 110 eres más que un buen jinete veloz. ¡Trae acá el mensaje! Veremos qué se les ha ocurrido de nuevo a los papanatas de salón, para amargarme el día. Puedes irte, amigo, porque la respuesta es la de siempre: yo hago aquello que estimo más conveniente para el bien de la Unión, y demócratas y republicanos pueden jugar a ser girondinos y montañeses, pero mientras haya un general en pie, el mezquino politiqueo no entorpecerá la marcha triunfal de nuestras banderas.

—Esta vez, mi general, no hay respuesta. El informe que os he traído es estrictamente confidencial y es tan sólo para que vos sepáis lo sucedido en Hampton Roads.

Saludó el correo y partió al gesto de despedida de James Shermann. Éste abrió el sobre rompiendo los lacres y extrajo el voluminoso informe.

Lo leyó lentamente, lo volvió a releer y su semblante iba adquiriendo un aspecto contrariado y reflexivo.

Sus oficiales contenían su natural curiosidad y aguardaron a que

el general explicara lo sucedido en Hampton Roads, el combate naval más notable de la historia de la humanidad, porque en él, por vez primera, aparecieron los modernos buques de combate: los acorazados.

Hacia dos años que se venía en Europa haciendo ensayos con corazas; Francia había construido el primer buque acorazado, que no era otra cosa que un barco de madera que llevaba protegidos los costados en toda su longitud, con una coraza de hierro; tal era, el Gloria, botado al agua en 1859.

Inglaterra se decidió a construir otro diferente: el Warrior, en el que la coraza sólo estaba en la parte central de cada costado, unidas, ambas por una especie de tabique; de modo a proteger sólo la batería central; éstos eran los dos tipos de acorazados que existían, pero ahora iban a presentarse otros, nuevos, alertados los Estados Unidos de América, ante aquel nuevo invento de las potencias europeas.

Al empezar la guerra de Secesión, el material era escaso y los Estados Unidos no tenían ningún acorazado.

Sólo poseían treinta y dos vapores armados, de los que sólo ocho estaban en la metrópoli. Los demás eran veleros de madera.

Los Estados del Norte contaban con recursos industriales y con flota mercante considerable, pero los del Sur, agrícolas y sin industria, no tenían astilleros, para construir buques, ni fábricas para plancha de más de 50 milímetros, ni metales, ni maquinaria. .

El problema de la guerra, era, sin embargo, marítimo, porque se trataba de obstruir a los del Sur la comunicación con el resto del mundo, para impedir que cambiasen el algodón por armamento o productos manufacturados.

La labor del Norte fue prodigiosa, pues baste saber que, contando al empezar la Guerra de Secesión, con sólo treinta y dos vapores, terminó en 1865 poseyendo seiscientos setenta y uno, de ellos sesenta y dos acorazados, tripulados por más de cincuenta mil hombres.

Pero en el verano de 1861 la cuestión marítima, si bien era como una espada Damocles para los dos bandos, no habíase aun manifestado prácticamente.

Y la batalla de Hampton Roads era la que en aquellos momentos James Shermann explicaba a sus oficiales después de leer el informe remitido desde Washington.

El río James o James River sobre el que se asienta Richmond, la capital sudista, tenía en su desembocadura el fuerte Monroe, la bahía de Hampton Roads y no lejos, el arsenal de Norfolk.

Este arsenal habían tenido que evacuarlo los del Norte al principiar la guerra y no pudiendo llevarse algunas buques, los echaron a pique, entre ellos una fragata llamada Merrimac.

Los separatistas la pusieron a flote y la convirtieron en acorazado, quitándole casi toda la obra muerta; es decir, todo lo que sobresale del agua y poniendo encima, a manera de tejados, do planos inclinados de planchas de hierro por donde asomaban las bocas de los cañones.

La casamata así formada la blindaron con planchas de 50 milímetros y dentro de ella instalaron diez cañones de diecisiete centímetros.

La torre de mando tenía una coraza de diez centímetros y se instaló una cintura por bajo de la línea de flotación y un espolón de proa.

En esta disposición, éste buque, que llamaron Virginia, aunque siempre se le conocía por Merrimac, al mando del capitán de navío Buchman, se presentó en julio de 1861, en la bahía de Hampton Roads, donde estaba la escuadra unionista, compuesta de quince barcos, de los, cuales cinco eran fragatas, dos de ellas, de vapor, que no tenían encendidas las calderas.

Como el Merrimac, disponía además de un espolón de hierro, cuando llegó delante de la escuadra que bloqueaba el puerto y la entrada del río, arremetió contra; una de las fragatas la Congress y de un par de espilonazos la echó a pique. Otra se incendió y voló al poco rato, una encalló y las otras dos, con los seis remolcadores y cuatro cañoneros, pudieron escapar, quedando, por lo tanto, dueña del campo la Merrimac, orgullosa de haber deshecho y ahuyentado a toda una escuadra enemiga.

Pero al día siguiente varió la cosa, pues cuando todo el mundo temía que remontase el Potomac para atacar a Washington, se presentó un pequeño barco de hierro llamado Monitor; construido por el ingeniero sueco Ericsson, que venía de Nueva York dispuesto a hacer frente al temible Merrimac.

Era un tipo completamente nuevo, de poco calado, sin obra muerta con la cubierta blindada por ocho planchas superpuestas de veinticinco milímetros y encima una torre giratoria protegida por cinco planchas de veinticinco milímetros y con dos cañones.

Parecía una quesera sobre una balsa y podía moverse con más libertad que el Merrimac, que, después de todo, tenía la obra viva, o lo que va debajo del agua, como los antiguos.

Así, que el combate que se sostuvo se redujo, por parte del Merrimac, a tentativas de espilonazos, mientras que el Monitor,

para librarse de ellos, se metía por sitios donde no podía penetrar el otro sin peligro de encallar.

El Monitor le salía, al encuentro al Merrimac, cuando menos éste se lo esperaba.

Terminó el combate sin quedar decidida la victoria, pues el fuego de la artillería no resolvió nada.

Los dos monstruos de hierro, pelearon sin perforar sus corazas y se retiraron con escasos desperfectos y sin más bajas que once heridos en el Merrimac y siete en el Monitor.

Sin embargo, el hecho de habérselas mantenido firme el Monitor, demostró que los barcos de madera no podían competir con los de hierro y desde entonces data la fecha en que se cambió por completo la construcción de los barcos. Tal fue el primer combate naval entre acorazados, sostenido en la bahía de Hampton Roads

—...por lo que, señores —terminó diciendo James Shermann— una gran fiebre se ha apoderado de los de Washington. Quieren, a toda costa, que procedamos a ponernos en contacto con los agentes de venta de armamento que las potencias europeas tienen diseminados por el continente, en especial el litoral atlántico.

Y, en especial, con un cuervo llamado Rock Gambler, al parecer, agente importante de una de las más fuertes factorías inglesas.

Uno de los oficiales, Harold Wooderson, encargado de la sección de Investigación Militar, intervino.

—Con permiso, mi general, hago constar que entre una de mis misiones, está la de localizar a ese agente. Varios de mis hombres, están sobre su pista.

—¿Para qué lo buscan?

—Por la misma razón, aunque sin la fiebre reciente producida por Hampton Roads. Consta que el tal Gambler vende tanto a nuestras fuerzas como a las sudistas. Últimamente vendió al general Blake, un importante cargamento.

—Muy propio de esos cuervos —rezongó Shermann—. Mercaderes de muerte, gente enajenada de gozo cuando estalla, un conflicto, porque la sangre de los soldados supone para ellos beneficios cuantiosos. Desprecio a esos seres, pero los necesitamos.

—Ahora, según informa Washington es preciso asegurarse la totalidad de los suministros que puede proporcionar la fábrica representada por ese Rock Gambler, e indican que debo, por todos los medios, convencer a ese agente para que venda tan sólo a nuestras fuerzas. ¡Cosa de tenderos!

Y pegó Shermann un puñetazo sobre el informe.

—Especifican el género a adquirir con urgencia y en preferente entrega: planchas de hierro, cañones navales, granadas; de potencia extrema... ¡Active, Wooderson! Necesito enténdrmelas con ese cuervo llamado Gambler, lo antes posible.

—Las últimas pesquisas condujeron a mis hombres a la ciudad de Savannah. Espero pronto nuevas noticias.

—Póngase usted mismo al trabajo, Wooderson. Entre en contacto con sus sabuesos y no regrese hasta traerme personalmente al cuervo Gamble?

Levantóse Wooderson saludando y salió de la tienda.

James Shermann apartó despreciativamente el informe de Washington y repiqueteó con el índice sobre el mapa extendido encima de la mesa:

—Como antes de la interrupción del correo les decía, estamos aquí en esta zona. Parapetados y resguardados por los montes Azules, estamos a cubierto de toda sorpresa.

Cogió un compás y abriéndolo, fue punteando lo que iba diciendo:

—Savannah y Greenhound distan lo mismo de nuestro campamento por el Este y el Oeste. Al Sur está el importante núcleo de Ringlers, y al Norte la ciudad de Beaufort. Ha llegado el momento de proceder a la operación por la cual nos hemos agrupado como en definitiva posición de biyouác en esta zona. Cada uno de ustedes cuatro va a tener una misión clara y concisa. Al frente de un batallón, tomarán camino hacia los puntos señalados respectivamente para cada uno: Savannah, Greenhound, Binglers y Beaufort.

Cada oficial iba asintiendo a medida que Shermann nombró la ciudad hacia la que debían dirigirse.

—Recuerden mis indicaciones. No se trata de un combate aniquilador, destinado a asolar las ciudades que caerán bajo su ataque. Se, trata de una táctica de hostigamiento. Es preciso crear la impresión de que en Washington todo está organizado eficientemente y que nuestros cuerpea de ejército son cincuenta y no cinco. Esto se consigue con movimientos rápidos, de desplazamiento voluntario. Abrir fuego desde lomas estratégicas y retirarse cuando los enemigos empiecen a organizarse en el punto por el que la caída de las granadas les parezca indicar el cercano ataque. Apenas repliquen al fuego, retirada.

Y a ocupar otra posición opuesta y repetir la misma táctica. ¿Comprende bien, Sikes?

—Sí, mi general.

—Se lo digo, porque es usted impetuoso y el cebo de una posible entrada victoriosa por el Oeste de Savannah, le puede hacer olvidar que con sólo un batallón no podría permanecer en la ciudad, haciendo inútil la táctica que ordeno seguir.

—Lo tendré en cuenta, mi general. Si veo posibilidad de entrar por el Oeste, lo olvidaré e iré a atacar por el Sur y así sucesivamente. .

—Ataquen, desplácense y si es preciso, cuando el enemigo, si se irrita, pretenda salir al ataque, retírense y regresen a esta base. En cuanto a usted, Chandler, tenga en cuenta que en Beaufor hay un exceso de negros. Puede servirse de ellos pero bajo ningún concepto les autorizo a cometer desmanes. Fusile sin formación de causa al negro que crea que nosotros enarbolamos una bandera de muerte para los que, en definitiva, son de nuestra raza.

Abandonaron los oficiales la tienda y poco después oíanse los toques de generala, y llamada.

Cuatro batallones dispuestos en orden de marcha, partieron con rumbo cada uno a una ciudad distinta.

Hacia Beaufort se encaminaba el batallón mandado por el severo comandante Hilary Chandler.

Capítulo 6

Lo más importante...

La brusca intimación de Smarty Prescott, aunque pronunciada con su cansina entonación, no por eso dejó de producir el efecto de un disparo en noche silenciosa.

Rosalie Ryan quedóse rígida, mientras dos pasos atrás, Rock Gambler, con la pistola en la zurda, encañonaba hacia el árbol, tras el que, parapetado, acababa de hablar Pico de Tucán.

—No está la noche para fantasmagorías, Pico, Asómate y dime lo que deseas —dijo Gambler, secamente.

—Lo oíste. Date preso.

—Nunca me di ni me entregué. Lo hice esta mañana y ya ves lo que resultó.

—Es por tu bien, Dandy. Por tu propio bien.

—Bondades de esas no las quiero, mientras los del Sur os sintáis tan ansiosos de emplumar, arrastrar y ahorcar los restos. Estoy entero y así quiero continuar.

Rosalie Ryan abalanzóse y abrazándose a Gambler, gritó, con la cabeza vuelta hacia atrás, hacia el oscuro paraje desde él que hablaba Smarty Prescott:

—¡Huye, Rock! ¡Smarty no disparará!

—También debe usted entregarse a la ley, Rosalie —exclamó el sheriff de Tyalacox—. Por complicitad al facilitar la evasión de un reo acusado de crimen y fomentar la rebelión.

—Aparta, Rosalie —invitó Gambler. Nos entenderemos mejor Pico de Tucán y yo, sin presencia femenina,

—Nadie podrá separarme —gritó ella, al borde de la histeria—. ¡Váyase, Smarty!

—Parece que te proteges siempre en mujeres, Dandy. Eso no es decoroso.

Asiendo a Rosalie por el talle, saltó hacia atrás Gambler. Había elegido ya otro árbol, distante del elegido por Prescott, unos diez pasos.

Quedaba entre ambos un claro iluminado por la luna.

—Ahora podemos seguir el diálogo, Pico. Lo más importante para mí, es colocar, entre Beaufort y la grupa de mi caballo, unos centenares de leguas.

—Lo más importante es resolver la situación. Demostrar que eres El Halcón y, por tanto, no pudiste ser el instigador del vudú, ni el asesino de Theodor Clayton.

—Diversidad de pareceres, Pico. Si arrojas tus dos pistolas en el centro del campo de nadie, tienes mi palabra de que yo arrojaré la mía y mi látigo. Sin trampa. Ya no soy Gambler el tahúr, sino Gambler, el sincero, que se demuestra tal como es. Tenemos pendiente una pelea. Resolvámosla, pero por lo que más quieras, deja ya de sentirte representante de la ley, puesto que sabes que, en este caso, la ley está equivocada.

—Por eso mismo, velando por el prestigio de la ley, quiero que te sientes en el injusto banquillo y salgas absuelto y redimido de toda acusación.

—Tu terquedad es inútil, Pico. No cambies de trinchera, porque me será fácil escapar.

—¿Dejarás a Rosalie en mi poder? Ella se sentará en el banquillo a solas y acusada de facilitarte la evasión.

—No lo harás, Pico. Por dos razones: porque eres hombre y sabes que Rosalie al darme la huida ha evitado que su madre se entere de la muerte de Michael. Y la segunda razón, es que si preciso y te obstinas, cargaré en mi grupa con ella y en mi conciencia, con un rapto provisional.

—No discutas más, Dandy. Estás cercado. Vine con diez soldados que rodean la colina.

Dejó Gambler oír una risa burlona.

—Inventa otra, Smarty Prescott. Mientes mal. Tú no eres de los que se hacen acompañar. Eres demasiado orgulloso para eso. Has venido solo. Podría irme ya, pero prefiero hablar contigo y resolver esto.

—No hay solución. Tienes que venir conmigo... muerto o vivo.

—Vivo, no. Y muerto no puede ser, porque no eres un tirador imbécil que dispare a ciegas.

—Si huyes con Rosalie te daré alcance. Tu caballo sobrecargado no podrá escapar.

—Empiezas a ponerte pesado, Pico.

Dos pistolas, con su cinto, describieron un arco y fueron a caer en el centro de la explanada circundada por árboles.

Rock Gambler, desde su posición, arrojó su pistola, que fue a caer junto al cinto pistolera de Smarty Prescott.

Habló al oído de Rosalie Ryan:

—Vete tranquilamente a tu casa, Rosalie. No rechistes. Yo sé que Smarty y yo llegaremos a un acuerdo. Y no temas: quedará sin revelar el secreto de la muerte de Michael. Coge tu caballo y desciende, por la ladera, sin hacer demasiado ruido.

Al otro extremo, la larga figura del cowboy quedó siluetada por

la luz lunar.

Avanzaba lentamente con las dos manos asiéndose las solapas y silbando entre dientes.

Rock Gambler rozó con la mano la mejilla de Rosalie Ryan y salió, al claro;

Se detuvo Pico de Tucán a tres pasos del pequeño montículo que formaban el cinto con sus dos pistolas y al arma afiligranada de largo cañón perteneciente a Gambler.

—Lo más importante, Dandy, es que, somos hombres, lleguemos a un acuerdo sincero.

—Eso quiero. Y aquí estoy.

Se detuvo Gambler a seis pasos de distancia del delegado gubernativo de Richmond,

—Sr no lo logramos, te aviso de antemano. El que primero salte, primero disparará, Dandy...

—Trato leal. Aceptado.

—SI huyes darás la razón a los que te acusan.

—Lo prefiero, a que después de enterrar mis trozos, la justicia reconozca que se equivocó. No tengo descendientes, a los cuales legar la satisfacción de ver la lápida de mi tumba limpia de baldón.

—Marcus Danton está impresionado. Yo sé que conseguiré confundirle. Él reconocerá que miente.

—No me interesa oírle.

—¿Huyes abandonándolo todo?

: —Huyo para conservar mi pellejo, y lo siento, Smarty Prescott,, pero es que, además de mi pellejo, con ello salvo la posibilidad de , que le sea revelado a Helen, quién es El Halcón. Por lo tanto, al igual que tú, a favor de una ley errónea, me anunciaste que muerto o vivo, me llevarías al tribunal, yo te anuncié que, muerto o vivo, es preferible que me dejes marchar. Me dolería llegar antes que tú al pequeño arsenal que tenemos entre los pies, pero te advierto que dispararé sin escrúpulos.

—Lo mismo pienso hacer. ¿Pero vamos tú y yo a matarlos? Hombres de nuestro temple, salen dos de cada millón.

—Es absurdo tu empeño en defender un error judicial, basado en mentira de negros.

—Es absurdo tu empeño en partir como culpable siendo inocente. Por última vez, ¿vienes voluntariamente conmigo, Rock Gambler?

—No, Smarty Prescott.

Los dos hombres encorvaron ligeramente los bustos. Cada uno de ellos percibía la tensión oculta bajo la aparente indolencia...

De pronto, saltó Prescott hacia atrás, e interrumpióse Gambler en el salto que daba hacia adelante, quedando a un paso de la tres pistolas.

—Hablares mejor a más distancia, Rock Gambler. He pensado mucho por el camino, mientras seguía a Rosalie Ryan. Os escuché y, francamente, me gustó. No quise disparar, porque no lo hago nunca sin advertir. Después, al advertir, estaba ya entre medio una mujer. Ahora, sucedería que íbamos a perecer los dos tontamente. Una fracción de segundo para él que gane no basta. Le queda tiempo al otro para también disparar. Hay un arreglo, Rock Gambler.

—Expón. Confío en tu listeza —y Rock Gambler retrocedió.

—Vas a venir a Beaufort.

—Esta repetición es pérdida de tiempo.

—Vendrás... pero será El Halcón el que penetrará sin riesgos en el caserón donde están Marcus Danton y los otros negros que acusan a Rock Gambler.

El aventurero asintió con la cabeza.

—Arrancarás de ellos, por el temor y respeto que tienen al Halcón, la confesión de quién fue el instigador del vudú y quién o quiénes los autores de la muerte de Theodor Clayton. Finge ser también otro más de los enemigos de Gambler, pero que no deseas que a ti te mientan.

—Marcus, Danton me dijo que era Clayton el que por complicidad con agentes yanquis planeó el vudú y el exterminio de los blancos de Beaufort. .

—Bien. Pero esto lo oíste tú solo. Ahora será preciso que en el caserón y sin ser vistos, oigan la confesión de los negros, Dan Cáster, Broderick Crawford y yo mismo. ¿Vestimos las herramientas? ¿Pacto de hombres?

—Gracias, Smarty. Tú primero.

Eh cowboy, andando sin prisas, se inclinó, recogió su cinto y la pistola de Gambler. Con una mano se abrochó su cinto y con la otra sopesó la pistola de Gambler.

—Cierto, Dandy. Has cambiado. Ya no eres el tramposo y desaprensivo tahúr.

—Contigo me repugnaría usar trampas.

—Podría usar tu propia pistola.

—Dejarías de ser Smarty Prescott, el presumido, valiente leal y pistolero andante.

—Cierto. Ahí va.

Lanzó Prescott la, pistola que en el aire recogió Gambler.

—Partiré ahora, a anunciar a Cáster y Crawford, que vamos a ser

testigos de la interrogadora labor de El Halcón y...

Se detuvo para señalar en la lejanía un punto que oscilaba atravesando una barrancada.

—¿Un cazador furtivo?

—Varios —replicó Gambler, avanzando al borde de la cima.

Por la barrancada vareas luces oscilaban. Sus destellos rojizos, iluminaban uniformes azules.

—¡Sopla! ¡Los yanquis! —exclamó sin alterar su voz, Smarty Prescott.

—En efecto. Yanquis en abundancia, Smarty. Y las linternas primeras son los exploradores. Mira más allá...

—¡Sopla! Una legión de noctámbulos...

—Vamos a tratar de ver sin ser vistos. ¿Te parece?

—A ello, que luego podría ser tarde. Cada uno de ellos dirigióse al lugar dónde tenían atados sus respectivos caballos.

—¿Qué tal rastreando, Dandy? —preguntó Prescott al reunirse con su compañero.

—Una vez seguí a un lagarto y fue su hijo el que tuvo que advertirle que andaba yo pisándole el rabo.

—A ver si es verdad... Tenemos que darnos cuenta hacia dónde van esos numerosos uniformes azules.

* * *

Hilary Chandler, a caballo, alcanzó al primero de sus soldados destacado en vanguardia de avanzadilla en exploración del terreno.

El batallón compuesto, como todos de los cinco cuerpos de ejército destinados a operar con autonomía en terreno enemigo se componía de cuatro compañías de ciento veinte hombres.

Una compañía de fusileros, que era la que avanzaba en vanguardia, flanqueada por otra compañía, la de los ingenieros zapadores y pontoneros encargados de preparar rápidamente el atrincheramiento en caso de ataque.

A retaguardia y al paso de sus monturas, iba la compañía de caballería y la de artillería ligera, en que los furgones, con las piezas y municiones y eran arrastrados por potentes potros de tiro.

Hilary Chandler señaló el valle a su izquierda:

—¿Es Beaufort aquello, sargento?

—Sí, mi comandante.

- —¿Distancia?

—Veinte leguas en línea recta, mi comandante.

—Tenemos que seguir avanzando protegidos por el bosque. Atacaremos por la saliente meridional del bosque en el cruce con la carretera de Savannah con la de Beaufort. ¡Overman!

Un teniente avanzó, descabalgando al llegar a la altura de su comandante.

—A la orden.

—Advierta a su capitán, que la caballería deberá acometer por el Este de Beaufort y retirarse, sembrando tan solo la primera confusión. Los zapadores que caven trincheras, al Este y los fusileros desde ellas hostigarán a los que salgan incautamente en persecución de nuestra caballería. A los artilleros, que les señale emplazamientos el capitán Travers. Cúmplase.

Y secamente saludó Chandler. Alejóse el teniente Overman, y el sargento de avanzadilla inquirió:

—¿Da usted su permiso para retirarme, mi comandante?

—Siga el avance, sargento. Tenemos que llegar al este de Beaufort antes de la una de la madrugada. Cúmplase.

Poco después, con el paso lento propio de fuerzas en avance de infiltración movilizáronse las cuatro compañías a cuyo frente Hilary Chandler ostentaba su marcial apostura y su severo semblante inexorable.

* * *

—A la una de la madrugada, Dandy.

—Y por el Este se desencadenará el jaleo, Pico.

—Queda tiempo para las dos cosas, Para desenmascarar a los negros embusteros y para alertar a los ciudadanos. Que caven magníficas trincheras y trampas para el este de Beaufort,

—¿ Cuántos varones, entre cobarde y valientes, niños y ancianos, tiene Beaufort? Hablo de la raza blanca.

—Unos seiscientos válidos para disparar y pelear, sin contar los trescientos de la Milicia mandada por Cárter.

—Entonces, estos azules se van a ver negros para realizar lo que se proponen.

—Gracias a ti y a mí, seguro. Cuatro compañías desprevenidas, creyendo sorprender, van a llevarse la peor de las sorpresas. Lo veo claro.

Montó Prescott a caballo, empujándolo por una hendidura. Seguido por Gambler, anunció:

—Al trote, Dandy.

Bota contra bota fueron alejándose de la colina. No se divisaba la más insignificante luz, aparte las titilantes estrellas.

La columna al mando 4e Hilary Chandler distaba tres leguas, y un tupido bosque se extendía hasta Beaufort.

—Primero podrán cazar a los de caballería cuando penetren confiadamente. Después, desdeñando los fusileros pueden caer

sobre los artilleros que reposen al lado de sus piezas esperando la orden de fuego. Y la escabechina se resolverá para mayor gloria y honor de los valientes ciudadanos de Beaufort.

—Fea cosa la guerra. Gana él que posee más información —dijo Smarty, sinceramente. No tomaré parte en este combate porque me parecería abusar contra un enemigo incauto.

—Ellos venían a sorprender.

—Por un clavo se perdió una herradura, por una herradura un caballo, y por el caballo un mensajero y por un mensajero un reino. X ahora los dos clavos hemos sido tú y yo. Bien, Dandy. A las y extrajo Smarty Prescott el reloj —diez y media, Crawford, Cáster y yo estaremos, a la escucha. Procura que tu entrada en el caserón donde están aislados Chagrín, Marcus Danton y los otros cuatro negros testigos, sea espectral y tremebunda. Esos pieles negras se asustan muy fácilmente. Podemos ya separarnos. Tu macferlán, vuelto del revés, es negro.

Y supongo que el antifaz estará en algún lugar cercano.

—Encima mi cabello y bajo el forro del sombrero. El Halcón visitará a los negros embusterillos.

—Puedes matar a Marcus Danton por traidor rebelde. Creo que El Halcón así lo haría.

—¿Y después?

—¿Cómo, después?

—Una vez Cáster y Crawford hayan oído la inocencia de Gambler ¿piensas que seguirá siendo necesario revelar quién es El Halcón?

—No. Sería ya un sentimentalismo desplazado. No obstante, ya sabes lo que desea Rosalie Que Helen no te odie...

—Difícil será...

—Quizá yo lo logre.

—¿Cómo?

—Me he propuesto ser el marido de Helen y lo seré. ¿Hay algún inconveniente?

—Sólo uno: Smarty Prescott.

Tensó el sheriff los músculos, ladeando el rostro, sorprendido.

—Uno sólo, Smarty Prescott. Helen Ryan es muy sensible. Tú eres un Don Juan... Cástate con ella y hazla feliz. Si no fuera así, creo que puedo ya advertirte que vendré a matarte.

—Gracias. Comprendo ahora... Tú no amas a Helen como hombre, sino que en ella ves a la madre de El Halcón... y la imagen de la madre de todo aventurero solitario.

—Así es. Bien; y de la guerra, ¿qué? Parece que hemos.,

olvidado que hay cuatro compañías de azules que a la una llegarán a Beaufort por el Este.

—Los tengo muy presentes. Para ti, Halcón, cita a las diez y media. Y para Rock Gambler cita cuando quiera... en las afueras de Beaufort y mientras dure el combate, en el que seré mero espectador desde un punto alto. ¿Te parece bien la colina que acabarnos de dejar?

—De acuerdo. Hasta después, Smarty Prescott.

—¿ Puedo advertirle a tu futura esposa de que no es preciso que abandone Beaufort?

—Puedes. No debe ella saber quién es El Halcón. Dile tan sólo que, demostrada mi inocencia, pasaré por la mañana a abrazarla y... descansar. Me retiro de los negocios. No vendo ya más armamentos, y mis hijos jugarán con muñecas. Les haré odiar los soldados de plomo.

—De acuerdo. Pero enséñales a tirar como tiró yo. Hasta después, Dandy Pólvora.

—Hasta luego, Pico de Tucán.

* * *

Dan Cáster salió al encuentro de Smarty Prescott cuando éste desmontó ante su casa.

—¿No halló la pista, señor Prescott?

—Casi podría decir que sí y casi que no. Pero ahora hay algo muy urgente, capitán Carter. De nuevo me veo en la precisión de darle una orden.

—Mande.

—Sería un adorno muy útil para Beaufort el que en el espacio del este de la entrada a las primeras casas, y en una extensión de dos leguas como si quisieran cerrar el paso a cuantos vengan por aquél lugar, todos los más recios varones capaces de empuñar pico y pala, cavarán trinchera inmediatamente.

—¿Ataque, señor Prescott?

—A la una asomarán por el lugar que le he citado cuatro compañías azules. La primera en llegar será la de caballería, que pretenderá sembrar el pánico. Después vendrán los fusileros, qué ya tendrán sus trincheras adecuadas. Y, por último, los artilleros abrirán fuego contra la ciudad... si usted les deja. Suman cuatro compañías, un aproximado total de unos seiscientos hombres.

Dan Cáster vibraba ya de impaciencia. Pero le retuvo otro gesto de Smarty Prescott.

—Atacarán a la una. Queda, pues, tiempo, después de que empiecen-sus conciudadanos a cavar, para que usted me coja al juez

Crawford y me lo traiga. Al igual que el azar me ha deparado la satisfacción honrosa, por sudista, de sorprender a la columna de yanquis, pero deplorable por hombre, también me ha deparado la satisfacción de poderle anunciar que a las diez y media El Halcón visitará el caserón ocupado por la Venus de Ébano, Danton y otros. Y es preciso que los oídos de la Ley, asistidos por las orejas de las otras dos autoridades, oigan cuánto se dirá en ésta entrevista.

Capítulo 7

Declaraciones espontáneas

A las nueve de la noche, Marcus Danton puso fin a los cuchicheos que entre sí sostenían los otros negros que como testigos de cargo, estaban encerrados en el caserón, sin vigilantes, pero cuya puerta exterior estaba, sólidamente afianzada con maderos al igual que las tres ventanas,

—Cesad de imaginar, y durmamos. Hasta que no cojan preso al blanco Gamble, tendremos que permanecer aquí. Durmamos.

Chagrín, la bruja de la floresta, estaba apartada, y junto a ella vino Marcus Danton, que tendiéndose se envolvió en una manta, y sobre la paja del caserón-establo, los cinco negros cerraron los ojos, disponiéndose a dormir.

Eran las diez y media cuando ya el juez Broderick, acompañado de Dan Cáster y de Smarty Prescott, se acomodaban en el banquillo exterior bajo una de las ventanas, la elegida por Prescott por más cercana al lugar donde dormían los negros.

El juez, había recordado la obligación que existía de intentar apresar al bandolero perseguido, pero Smarty Prescott en funciones de delegado gubernativo, había especificado que aquello le pertenecía y que no iba a apresar al hombre que podía evitar a la justicia un error irreparable.

El primero en abrir los ojos fue Marcus Danton, cuando entre la ventana y los cinco cuerpos tendidos se interpuso una larga silueta enmascarada.

El macferlán vuelto del revés, estilizaba aún más la, figura del que, brazos cruzados habló con lentitud, dando a su acento el cantarino de los meridionales, y la entonación cuidadosa de Michael Ryan.

—Buenas noches a mis amigos.

Marcus Danton incorporóse, sentándose, y tocó en el hombro a Chagrín, pero la salvaje hermosa, estaba ya despierta y sus ojos despedían fulgor de rencor.

No perdonaba a El Halcón que su influencia se hubiera impuesto a los, negros contra la suya propia.

—Huyó el blanco Gambler, Halcón —dijo Marcus. .

—Con ello favoreció vuestra falsa declaración —replicó El Halcón, cuyo antifaz siniestro producía en los negros cierta, fascinante influencia.

Marcus Danton sonrió:

—Fue idea mía, Halcón. ¿La apruebas?

—Si de otro blanco se tratara diría que no, que no apruebo el acusar a un inocente. Porque Rock Gambler no mató a Theodor Clayton ni incitó el vudú.

—Pero Gambler es odiado por todos los blancos de Beaufort, Halcón. Y nosotros no queríamos ser ahorcados.

—Hicisteis bien. Pero explícame, Marcus, cómo se te ocurrió ésta feliz idea:

—Cuando tú nos dejaste ante la plantación de Clayton, y yo entré, el blanco Bendix no receló de mí porque sabía que yo era el hombre negro elegido por Clayton para suscitar el vudú y encender la antorcha del fuego liberador en Beaufort. No sabía que acababa de oírte, y había decidido vengarme del hombre que nos engañó. Había bebido un poco, porque todas las noches en sus rondas de vigilancia lo hacía...

Hablaba Marcus Danton con pueril satisfacción, contento no sólo de que los otros negros le oyeran relatar su hazaña, sino también deseoso de demostrar al Halcón que él era un hombre capaz, ingenioso y digno de parangonarse con los blancos,

—William Bendix me habló, diciéndome que íbamos a ser tres cabecillas en la conquista de Beaufort, él, Clayton y yo. Me demostró, que él era el agente yanqui enviado para intentar la rebelión negra, pero que se había valido de Clayton, por ser terrateniente y conocer los elementos de mi raza capaces de acaudillar a los demás. No se dio cuenta cuando mis manos rodeando su cuello le rompieron las vértebras...

Miróse Marcus Danton en la penumbra las manazas.

—Había atado los perros en otra habitación. Pude llegar hasta el despacho de Clayton, que dormitaba esperándome. Se puso en pie para preguntarme si los negros estaban ya dispuestos para la gran empresa. Le dije que sí. Entonces él me mostró un botón: ¿Sabes a quién pertenece?, me preguntó. Le dije que no. Es de la chaqueta del blanco Rock Gambler. Me lo proporcioné por medio del pequeño negro Skippy que jugaba con él, habiéndolo encontrado en el establo de la casa del capitán Cáster. Nos ha de servir. Yo le pregunté para qué, y entonces él me dijo que lo debería dejar junto a la caja de caudales del capitán Cáster, forzándola. Es un robo, amo, le repliqué yo. No lo es. El blanco Gambler es un canalla. Está ahora residiendo en casa del capitán Cáster, que es un caballero tonto, y no desconfía de nadie. Ya sabes, señor Halcón, la ley del Sur.

—Sí. Quien abusa de la hospitalidad concedida generosamente,

es indigno de vivir.

—Y por esto, Theodor Clayton que quería verse libre de la amenaza que le suponía Gambler, había proyectado que yo forzando la caja de Dan Cáster, dejase junto a ella el botón, para que apareciera como ladrón culpable el blanco Gambler. Y entonces, vi que él mismo se había cuidado de darme una solución.

Marcus Danton agitó la cabeza sentenciosamente:

—El mismo blanco que traicionaba a los suyos, se perdió. Le estrangulé, y dejé junto a él aquel botón do oro. Volví a salir, y después expliqué a mis hermanos de raza, que deberían declarar conmigo que vieron rondar la plantación al blanco Gambler. Y así lo juraremos aunque insista el señor delegado gubernativo. Sabemos que mentimos, pero la vida del blanco canalla no vale la nuestra.

—¡No es la nuestra, sino la tuya! —exclamó un negro—. Yo no estrangulé a los dos blancos, y tengo miedo del delegado señor Prescott, porque dispara mucho, y ha matado a muchos mentirosos.

—¡Sí! ¡Estamos en peligro! El señor delegado Prescott es el que mató a miles de pieles rojas salvajes y que no se acobardaban por nada. Y no obstante, oyen hablar del señor delegado Prescott, y tiemblan aún.

—Callad, negros —dijo desdeñoso Marcus Danton. —Todo es ingenioso, y nadie descubrirá la verdad. La he dicho al señor Halcón, porque él tenía derecho a, saberlo, ya que él nos hizo entrar por vereda de luz, al descubrirnos que Clayton nos engañaba.

Rock Gambler, bajo el antifaz, sonrió:

—La verdad siempre triunfa, Marcus Danton. Cuanto has dicho, ha quedado escrito.

Marcus Danton irguióse.

—Escrito en el libro de la sinceridad, que contigo no podía transformar, señor Halcón.

—Y en el de la justicia.

Aquellas palabras hicieron saltar a Marcus Danton como si hubiera recibido un disparo en pleno pecho.

En la puerta, que acababa de abrirse ruidosamente, Smarty Prescott con una pistola en cada mano, gesto destinado únicamente a impresionar a los negros, aparecía seguido por Broderick Crawford, y el capitán Dan Carter.

Los negros se arrodillaron gimiendo temerosos. Marcus Danton quiso abalanzarse, y un estampido le cortó el salto...

Alcanzado en la pierna cayó imprecando...

Dan Carter junto a El Halcón, murmuró:

—No hay soldados en mi jardín. Aquiete a miss Blondel.

Rock Gambler dirigióse a la ventana por la que había entrado y saltó por ella.

Smarty Prescott agitando la pistola aun humeante, explicó:

—Ahora, dócilmente, iremos a la sala de justicia. Y allí, vosotros repetiréis uno por uno, lo que acaba de confesar espontáneamente Marcus Danton. No temáis. Sin saberlo habéis sido instrumentos legales al ayudar a la muerte de dos traidores. Pero las declaraciones falsas son castigadas con varios meses de cárcel. Tú, primero, Marcus Danton.

—No puedo andar.

—Arrástrate.

Y la inflexible entonación del acento cansino, hizo que Marcus Danton se pusiera en pie.

Dan Cáster señaló a los demás la puerta.

—Volveréis a ser negros decentes, cuando reconozcáis, la verdad que no debe nunca alterarse.

Cabizbajos salieron los negros, incapaces de intentar la menor iniciativa de fuga.

Y Broderick Crawford tuvo que reconocer poco después la total inocencia de Rock Gambler, ante la profusión de declaraciones que espontáneamente todos los testigos de cargo hacían.

Marcus Danton y Chagrín empezaron ostentando una arrogancia majestuosa, que ella conservó hasta el final.

Pero no así Marcus, el cual influido por las palabras de Smarty Prescott y las más suaves de Dan Cáster, declaró por fin con todo detalle lo mismo que al Halcón había dicho.

Y Broderick Crawford quedó encargado, por orden del delegado gubernativo, que inmediatamente la pequeña prensa de Beaufort imprimiera una proclama que antes de dos horas debía estar colocada en todos los sitios visibles de la ciudad, y en la que se hiciera constar la absoluta inocencia de Rock Gambler, víctima de una confabulación entre el propio Clayton y Marcus Danton

Capítulo 8

Alan Wooderson

A las cinco de la tarde, el comandante Alan Wooderson, jefe del servicio de investigación del cuerpo del ejército a las órdenes del general James Shermann, cumplía las últimas que éste le había dado.

Entró, en contacto con uno de sus agentes de Savannah, el cual le manifestó que el requerido Rock Gambler se hallaba en la ciudad de Beaufort.

Partió Wooderson a caballo hacia la ciudad citada, y a las diez de la noche, estaba en posesión de varios informes.

El primero decía que Rock Gambler había sido encarcelado acusado de la muerte de un terrateniente, y de haber incitado a la rebelión a los negros.

El segundo informe manifestaba que Rock Gambler se había fugado y estaba siendo perseguido.

El tercero le aprendió que en la casa del capitán Dan Cáster se alojaba la novia del fugado.

Recordó entonces Wooderson la frase de su general;

—No regresé hasta traerme al cuervo Gambler.

Y sin saber por qué la mente práctica del inteligente yanqui, plasmó una imagen poética, de un gavilán enamorado asediando el nido de una paloma.

Lo tradujo a su entender, como dando por cierto, que tarde o temprano Rock Gambler acudiría al lugar donde se hallaba Norah Blondel, y por lo tanto, él no debía moverse de la entrada.

Sentóse pacientemente cerca de la verja. En su papel de ganadero del Oeste, no sería extraño que él aguardase a Dan Carter, para pedirle informes, pretextando que Gambler debía entrar en negocios con él.

Eran ya las once de la noche, cuando Alan Wooderson se levantó, y alzadas las manos se colocó en medio del camino por el que se aproximaba un jinete. ,

Tenía la completa descripción física de Rock Gambler y por eso saludó sin ambages:

—Buenas noches, mister Gambler. Necesito con toda urgencia hablar con usted. .

Desde la silla, Rock Gambler ondeó la diestra.

—Buenas noches, desconocido.

—Alejémonos de la ciudad, y declinaré mi personalidad, que

corre peligro por aquí.

—No tengo intención de alejarme.

—Le buscan por todas partes.

—Y usted puede ser uno.

—No.

—¿Quién me lo demuestra?

—Soy... Alan Wooderson, comandante del cuerpo divisionario mandado por el general Shermann, acampado en la Cordillera de los Montes Azules, y tengo orden de solicitar de usted una urgente, entrevista con mi general.

—Nada tengo que hablar con Shermann.

—Cuidado... Nos podrían oír. Arriesgo mi vida al haber venido hasta aquí. Washington ha dado informe de que inmediatamente que se entre en contacto con usted, se proceda a tratar una adquisición absoluta de cuanto material puede proporcionarnos por intermedio de la factoría que usted representa.

—Bien. Le sigo. Pase usted delante.

Montó Wooderson a caballo, y enfiló hacia el Este.

—Varíe la ruta, Wooderson —dijo Gambler.

—Es la más breve para llegar al campamento.

—No. Sería la más breve para caer en hoyos que han cavado los habitantes de Beaufort.

—¿Hoyos?

—Se lo explicaré por el camino, allá hacia la una de la madrugada, Wooderson. Salgamos de la ciudad por el norte, y después habrá tiempo de bifurcar.

Galoparon por espacio de media hora, hasta que el propio Alan Wooderson deteniendo su caballo en una loma, expresó una duda que le atosigaba:

—Observé muchos movimientos en Beaufort. Muchos hombres con palas y picos. Desordenadamente y por gente civil, verificaban movimientos casi militares, como si se aprestasen a una defensa, acumulando refuerzos al lado Este, ¿Conoce el significado de estas maniobras?

—En Beaufort hay muchos espías, Wooderson.

—En cualquier región del continente, hay hoy agentes investigadores. En el Norte, los agentes del general Blake. En el Sur, multitud de colegas míos.

—¿A qué hora estaremos en campamento de Shermann?

—A lo sumó en tres cuartos de hora, a todo galope, habremos llegado a las Cordilleras Azules. No le vendaré los ojos, porque sabemos que usted no es enemigo nuestro.

Reanudaron el galope, y poco después, descabalgaban Wooderson cantada la contraseña de acceso, y precedía a Gambler en la tienda donde James Shermann, en mangas de camisa, fumaba una pipa, compulsando distintos croquis que dibujaban las cinco zonas donde a la una de la madrugada, se iniciaría la labor de hostigamiento.

Alzó la mirada, para contemplar sin gran amenidad, la figura de Rock Gambler.

—A la orden, mi general. El caballero es míster Rock Gambler, al cual deseaba usted ver.

—Por la fuerza. Siéntese, Gambler. Tenemos que tratar de negocios, cosa que me repugna, porque soy hombre de acción.

—También a mí me repugna por la misma razón —replicó Gambler, sentándose ante el general, mientras Wooderson manteníase respetuosamente en pie. James Shermann se acarició la larga perilla, reflexivamente:

—Supongo que el comandante le habrá ya puesto en antecedentes, de la razón por la que es usted requerido como auxiliar muy importante. Al parecer, usted es el exclusivo agente, por quien entrar en relación comercial con una importantísima factoría de armamento inglés.

—En efecto. Sólo yo tengo atribuciones plenas para vender a quien estime conveniente.

—Vendió al general Blake, ¿no? —dijo agresivamente Shermann.

—¿Lo reconoce ante un general enemigo?

—Mi oficio era vender armas quien las solicitaba.

—Ha dicho que era, ¿por qué?

—Han sucedido hechos que han alterado mi modo de pensar y de actuar. Llamémoslo un toque de atención en mi conciencia. No quiero seguir siendo lo que fui

James Shermann creyó que era aquello un ardid de comerciante.

—Si es para valorar más crecidamente lo que esté dispuesto a vender, no use infantiles tretas. Los que ustedes llaman yanquis pagamos bien y escrupulosamente.

—¿Necesita usted muchas armas?

—Todas las que pueda proporcionarnos su factoría.

—Será mi último negocio. Antes de abordarlo, tratemos otra cuestión más importante.

—Para mí sólo es importante lo que estamos hablando.

—No. Aquí somos dos. Yo que puedo proporcionarle voluntariamente armas, y usted que las necesita. Pero abordemos

antes una cuestión militar. Corrijame si me equivoco: el batallón del comandante Hilary Chandler se dirige con la obligatoria lentitud en fuerza que avanza para sorprender hacia la ciudad de Beaufort.

Cambió Shermann una mirada de extrañeza con Wooderson.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Yo no. Lo sabe todo Beaufort.

—¡Malditos espías! —exclamó Shermann.

—Suponga, general Shermann, qué Chandler y su batallón son aniquilados. ¿Qué haría usted?

—Aniquilar a mi vez con todo el grueso de mi ejército la ciudad de Beaufort —exclamó Shermann, mesándose la barbilla.

—A la una, atacará Chandler. Le tienen preparadas varias celadas, y no quedará ni un solo hombre. Usted vio los preparativos sin adivinar a que estaban destinados, ¿no es cierto, Wooderson?

—Sí. .

—Si llegamos a un acuerdo sobre dos puntos, ganará usted, general Shermann. Usted no quiere que el batallón de Chandler sea aniquilado y yo no quiero que la sonriente ciudad de Beaufort sea arrasada.

—¿Por qué?

—Por íntima orden de mi sentimentalismo. Pido el privilegio de inviolabilidad para la ciudad de Beaufort, y consentiré a cambio suministrar todo el armamento que necesiten sus fuerzas para atacar por otros puntos.

—Extraño trato,

—Usted tiene renombre de ahorrar muertes. Demuéstrelo.

Señaló Shermann uno de los cinco croquis.

—Anulada la operación que debía iniciarse a la hora una de la madrugada, en la ciudad de Beaufort. Usted mismo, Wooderson, vaya a advertir personalmente al comandante Chandler. Retirada sin ruptura de hostilidades. Tiene tiempo. Son las doce y tres minutos, Llegará a tiempo para ordenar al comandante Chandler que regrese a esta base de partida.

Partió Alan Wooderson, y en la tienda de campaña, el general Shermann firmó un compromiso de considerar Beaufort, ciudad sin interés para las operaciones, cuya integridad respetaría.

Firmó Gambler un documento por el que se comprometía a la entrega de material a las fuerzas de Washington, en todo el tiempo que duraran las hostilidades.

Y ultimando los detalles, abandonó Gambler el campamento, cuando ya las fuerzas de Hilary Chandler regresaban sin haber disparado un solo tiro.

Capítulo 9

La persuasión

En el lugar de cita que había determinado Smarty Prescott de acuerdo con Rock Gambler, el cowboy dormitaba ante la larga espera. Daba por supuesto que le despertaría el rumor de la batalla desencadenándose en la ciudad que allá en el Valle, se divisaba desde la altura.

Dormitaba como solía en sus viajes. Su caballo sentado le servía de respaldo. Un relincho le advertiría una cercana presencia humana, y cuando oyó el aviso, estaba ya Smarty Prescott, insertos los pulgares en su cinto, con las manos abiertas, en las caderas.

—Hola —dijo lacónicamente, al ver descabalar a Rock Gambler.

—Hola. ¿Reposando las fatigas del día agitado?

—¿Qué hora es? Me da la impresión de haber dormido cuatro horas largas,

—Exacto. Son ahora las, tres.

—¿Las tres? ¿Se pelearon yanquis y sudistas con sacos de arena? No he oído el menor ruido y tengo tan buen oído como mi amigo, Y el pulgar de Prescott señaló al caballo.

—Era una falsa alarma.

—¿El qué?

—El combate.

—Tú y yo oímos perfectamente anunciar para la una de la madrugada la ruptura de hostilidades.

—Eso era antes. Después... han sucedido muchas cosas.

Sentóse Gambler y explicó su entrevista con James Sherman.

—Hermoso privilegio. Beaufort, un oasis de paz en medio de un desierto de guerra, odios, y pólvora. ¿Por qué?

—He encontrado mi camino de Damasco en Beaufort. Quiero vivir en esta ciudad... y no me gusta la guerra.

—¿Facilitarás armas a Sherman?

—Ha sido mi última actuación. Lord Denver, el propietario de las factorías que represento, aceptará mi dimisión, pero no por eso dejará de fabricar armas, que igualmente vendería al mejor postor. Por lo tanto, que al menos haya conseguido yo una ventaja para la ciudad donde voy a formar mi hogar.

—Celebro que este haya sido tu último negocio. Bien ¿y el negocio pendiente entre tú y yo?

—Ahora que te conozco no tengo ya, deseos de pelear contigo.

No obstante, si insistes, podré darte este placer.

—Tampoco yo tengo ya ansias de quebrarme los nudillos contra tus huesos, Dandy. Lo dejo para el día en que vuelvas a sentirte tunantón.

—Lo pospongo para el día en que te sientas con veleidades de conquistador. ¿Para cuándo la boda con Helen?

—Voy a usar la persuasión apenas inicie mañana el sol su recorrido.

—Tengo sueño, Pico. Hasta mañana.

—¿Qué casa has elegido para ser un ciudadano honorable?

—Todavía no he hecho elección.

—La plantación del difunto Lloyd, era la más indicada.

—Propiedad ahora de tu futura esposa.

—¡Te la venderemos!... Palabra de Pico de Tucán. Hasta mañana.

* * *

Helen Ryan despertó secretamente confusa. Leía la proclama que encima de su mesita de noche, una criada, por orden de Rosalie, había dejado junto con el desayuno.

Por ella se enteró de la confabulación contra Rock Gambler. Había reflexionado y ante las actitudes de su propia hija, de Dan Cáster y del mismo Smarty Prescott, empezaba a comprender que era injusta su aversión, basada solamente en la apariencia de una sonrisa cínica.

Debía el aventurero tener cualidades, cuando seres honorables y rígidos como Dan Cáster, o flexibles pero justicieros como Pico de Tucán, elogiaban al que ella detestaba.

Pero cuando después de desayunar entró en su alcoba su hija, Helen Ryan quedó estupefacta ante las primeras palabras de Rosalie:

—Has de cesar en ser, injusta con Rock, madre.

—¿Rock? —preguntó Helen, sorprendida.

—Es el hombre mejor de la tierra.

—Una niña como tú no está capacitada para calificar a hombres, Rosalie.

—Me guío por hechos.

—¿Esa proclama? Eso sólo indica que Gambler no mató a Clayton ni tampoco azuzó a los negros rebeldes del vudú.

—He reflexionado por la noche, consultando la almohada, madre. Voy a revelarte un secreto.

—Lo anuncias con cara de miedo. ¿Cuál es ése tremebundo secreto?

—¡Rock es el que salva tu vida! ¡Por él vives!

Las dos exclamaciones de Rosalie, pronunciadas, en voz de nerviosa agudeza, hicieron que Smarty Prescott, que se paseaba por la terraza, se convirtiera de pronto en un impetuoso corredor, que llegó ante la puerta de la alcoba, donde Helen estaba terminando de vestirse.

—¡Smarty Prescott pide audiencia, Helen —gritó, desde fuera.

Helen Ryan miraba a su hija, en el colmo de la, estupefacción. Aumentó su sorpresa al oír la voz de Prescott en diapasón alto.

—Un instante, Smarty. No debe usted ser impetuoso ni impertinente —dijo, enojada y, a la vez, complacida—. Me estoy terminando de vestir. Aguarde.

Rosalie Ryan dirigióse a la puerta y la abrió, mientras su madre ocultábase tras un biombo.

Entró Prescott, sonriente y perfumado.

—El tiempo urge, Helen.

—Saludo intempestivo, Smarty —dijo la voz de Helen, desde detrás del biombo

—Estaba conversando íntimamente con Rosalie.

—Seamos tres. ¿Tiene usted el frasco de sales al alcance de la mano, Helen?

—¿Por qué esta pregunta sin razón?

—Con mucho fundamento. Lo que voy a decirle quizá le proporcione un encantador desmayo.

—No sea impertinente, Smarty. Ven, Rosalie, a abrocharme la espalda del corpiño.

—¿Voy yo, Helen?

—Me temo, Smarty Prescott, que voy a abofetearle. Ven, Rosalie. ¿Oyó usted lo que me decía Rosalie?

—Disfruto de unos tímpanos excelentísimos, Helen, Es una de las tantas cualidades que me adornan. Y he juzgado oportuno venir a explicar un misterio. El misterio del por qué Dan Cáster, su encantadora hija y yo, no menos encantador, nos sentimos orgullosos, muy orgullosos, de contarnos entre los escasos amigos del gran caballero llamado Rock Gambler.

Salió Helen Ryan de detrás del biombo, ostentaba un ceño fruncido y su linda boca aparecía contraída en pretensión de desdén.

La seguía Rosalie, temblando y anhelante. .

Smarty Prescott quitóse el ancho sombrero, ondeándolo.

—Vuestra mano, Helen. Os la pido.

La besó devotamente y alzando el rostro, sonrió:

—Regreso a la tierra, Helen. Siéntate, Rosalie y deja hablar, a las personas mayores. Siéntese, Helen, y déjeme saludarla por ser la madre de El Halcón.

Helen Ryan sentóse vacilante:

—¿Usted... usted sabe que Michael...?

—Lo sé. Y por donde le halle, le facilitaré mi ayuda... como ha hecho Rock Gambler. Sepa, Helen, que cuando Rosalie decía que usted le debe la vida a Gambler, no mentía.

—¿Qué... absurda afirmación es esa?

—Por dos veces ha salvado Gambler la vida amenazada de Michael. Salvándole a su hijo, ¿no le salva a usted, Helen?

—Entonces... ¡Rock Gambler sabe que Michael es El Halcón!

—Un secreto que conserva desde... desde hace más de cuatro meses... Y, a nadie se lo ha dicho, ni querrá que nadie lo sepa.

—¿Usted cómo sabe todo esto?

—Porque su linda hija cometió ayer un acto, contrario a la ley. Le facilitó la fuga de la cárcel donde injustamente estaba preso, al hombre que por dos veces ha salvado la vida de Michael. Ella me confesó el por qué lo hizo

—¿Por qué si Gambler lo sabía, lo calló?

—Porque la compañía de Michael, en bondad, su caballerosidad, transformaron al supuesto cínico. Casi podemos decir que tan Halcón es mi amigo Rock, como Michael.

—Déjenme a solas, lo ruego. Tengo que pensar. ¿Quieren? :

Salieron Prescott y Rosalie. Ya en el jardín. Smarty Prescott cogió del brazo a Rosalie,

—Intervine a tiempo, ¿no, alocada damita?

—Gracias, señor Prescott. Yo sé que mamá creará cuanto usted quiera decirle.

—¿Y por qué me llamas señor Prescott? No peino canas. Estoy de muy buen ver.

—Usted y ella —ladeó el rostro como avergonzaba, pero riendo —va a ser... mi padre adoptivo.

—Trato hecho. Una hija como tú y un yerno como Dan Cáster, son agradables complementos a mi artístico desempeño del oficio de marido. Ahora, ¿por qué no sales al camino a esperar a tu enamorado pecoso? Tienes mi permiso; y os casareis el mismo día en que haya otra doble boda. La mía y la de Rock. Triple boda... ¿No terminan así las novelas que tanto encantan al público? Generalmente, con una sola boda basta..., pero en Beaufort lo hacemos todo en grande y por partida triple.

Helen Ryan vino a sentarse en la terraza. Aparentaba seriedad.

—Tengo un reproché que hacerle, Smarty.

—Cuantos quiera. Aquí estoy para rebatirlos

—Desde que ha aparecido ha adoptado usted el tono de un... sheriff. Autoritario, mandón y metomentodo,

—Hay que ayudar a la felicidad de los seres que amamos.

—Además, es un impertinente.

—Por lo mucho que lo repites, Helen, es por lo que no lo creo. Tú sabes que no me guía más, que el afán de que en Beaufort reine la paz, el amor y la concordia.

—Hablemos de cosas reales, señor Prescott. No quiero resistirme más.

—Gracias. ¿Te parece bien la boda para el próximo viernes, día de Venus?

—No hablaba de eso, señor Prescott —dijo ella, abanicándose agitadamente—. Me refería que he comprendido ahora por qué todos los que me... sois simpáticas...

—Todos los que te queremos.

—Todos los... que me queréis, defendéis, a Rock Gambler. Yo fui una insensata al no comprender que él me miraba respetuosamente, por ser la madre de El Halcón.

—No tienes la culpa. Él ostentaba una maldita sonrisa y un lenguaje cínico. Esto te rebelaba. Pero ahora ha cambiado. Rock Gambler es tal como es, sin máscara de escéptico. Es un hombre que quiere formar un hogar en Beaufort. Debes quererlo, porque... es como si Michael te lo ordenase. .

—Michael ya me lo decía en una de sus últimas cartas. Y ahora, siento que si él no me ataca, yo le trataré cariñosamente.

—Así es como debe ser. Quiero estar presente en vuestra entrevista, Helen.

—¿Por qué?

—Ver a un hombre tener la recompensa merecida, es propio de un delegado gubernativo, ¿no?

—¿Qué recompensa?

—La de merecer tu amistad. ¿Te parece bien el viernes próximo para la boda?

—Haz el favor de ceñirte a lo importante.

—Es esto, Helen. Paz y concordia en Beaufort. Amor en las almas, felicidad en los semblantes. Dame tu mano... Así... Déjala que oiga el mensaje de mis fibras. Sin ti, Helen, yo...

Y por espacio de media hora, dio Smarty Prescott razón a su apodo de Pico de Tucán. Supo hallar argumentos tan persuasivos, que Helen Ryan, sofocada, abanicóse con celeridad, después del

primer beso de amor que intercambió con el sheriff de Tylacox.

Levantóse Smarty Prescott, brillantes los claros ojos grises.

—Ya van dos. Queda la tercera.

—¿Qué... qué dices, Smarty? —inquirió ella, con un hilo de voz.

—Rock Gambler y Norah Blondel instalarán su hogar en Beaufort. Pero les hace falta casa... La que tú le quitaste, perversa y malvada Helen.

—La plantación de Lloyd... Pagué por ella diez mil dólares más.

—Los has perdido.

—Los he perdido —asintió ella.

—Y ahora, veamos qué tal acoges al amigo íntimo de Michael, al que es como carne y uña de El Halcón. Voy en su busca.

Smarty Prescott, al pasar junto a Dan Carter, detuvo el caballo. Del otro lado del tronco salió Rosalie, con una navajita en la mano. El pecoso capitán enrojeció cuando inclinándose en la silla, leyó Prescott, en voz alta, lo que la blanca corteza recientemente cortada decía:

—Rosie y Dan. Eternamente. Muy bonito, pero este corazón parece estar un poco demasiado ladeado, Dan Carter. Dibuja otro mejor y más grande encima. Sin nombres. Después, Helen y yo, vendremos a colocar nuestros nombres.

—¡Enhorabuena, Smarty! —exclamó Dan Carter, sacudiendo vigorosamente la diestra de Prescott.

—El viernes a las once de la mañana, en la iglesia de Beaufort, oiremos a los negros entonar el canto de gloria. Triple boda, tortolos. Paz y concordia para siempre en Beaufort... gracias a Rock Gambler.

—Y a ti, Pico de Tucán.

* * *

Norah Blondel resplandecía de satisfacción, cuando en el jardín de la casa de Dan Carter, acompañaba a Rock Gambler que, de rosas en rosas, iba eligiendo las flores más hermosas.

—Mi primer ramillete, Blondie. El segundo quiero que sea de rosas que yo mismo plante. Mientras, te conformarás con otras flores que no sean rosas.

—Esta noche ha sido para ti la de un cambio total, Rock.

—¿No echarás de menos al que conociste?

—¡No! Porque en ti quería al hombre que ahora eres. Sin sarcasmos, sin locuras, sin cinismos... Soy feliz, Rock.

—Somos felices, ¿Será que Beaufort tiene un aire henchido de aroma a bondad y natural sencillez humana plena de ternura?

Continuaron paseando, hasta que Smarty Prescott vino a besar la

diestra de Norah Blondel.

—Una petición. Norah. En nombre de mi futura esposa, la señora Ryan, por dulce nombre Helen, solicito el honor de que en la iglesia de Beaufort el próximo viernes se verifiquen las bodas de Rosalie y Dan, Rock y Norah, Smarty y Helen,

—Triple boda... ¿No serán muchas en un solo día? —inquirió Gambler, sonriendo.

—Se te permite esta burla, en vista de que tu sonrisa es ya agradable.. Ahora, con tu permiso, Norah, déjame que te rapte a tu novio. Tenemos que ultimar detalles. Hasta después.

No fue sino cuando se aproximaban a la mansión de los Ryan, cuando terminó de explicar lo sucedido Smarty Prescott.

—Eres un pistolero con dos alitas, Smarty. Todo lo has resuelto favorablemente gracias a tu pico.

—No. Gracias a la bondad de las acciones. No podrías decir que mienten los manuales que afirman que las buenas acciones son siempre recompensadas.

—Si queda sitio en el árbol donde estaban Dan y Rosalie, dibujaré el tercer corazón. Es a veces hermoso ser infantil, Pico.

—Cuando se ama, recuperamos el don de la niñez: puerilidad y ausencia de celos. Tanto más viril es el que sepa, en los adecuados momentos ser niño...

—Tú transformaste mi vida. Pico de Tucán. Tú y yo, ¿amigos siempre? Con todo el valor de la palabra amistad entre seres como tú y yo.

—Trato hecho

Helen Ryan arregló por dos veces innecesariamente, el borde de su falda. Atravesaban ya Smarty Prescott y Rock Gambler el jardín...

—No las tengo todas conmigo, Pico —susurró Gambler.

—Ella tampoco. Estáis en igualdad de condiciones —y alzó la voz Smarty Prescott —Hola, Helen. Aquí está mi amigo Rock.

Rock Gambler avanzó e inclinándose besó la mano de Helen Ryan.

—¿Firmadas las paces, señora? —preguntó, con voz algo insegura.

—Me perdonará mi impertinente actitud de caprichosa, Rock. Siéntese... Está en su casa.

—¡Magnífico! —rió Prescott—. Siéntate, Rock, Estás en tu casa. Te la decimos los dos.

—Yo, quisiera expresarle todo mi agradecimiento...

—Perdón, Helen —interrumpió Gambler—. Yo soy el que les está agradecido a ustedes, porque me han devuelto la fe en la

bondad humana.

—Mi hijo...

—En efecto. Él fue el primero. Su caballerosidad, su viril bondad, me hicieron iniciar la transformación de mi carácter...

—¿Cuándo... cuándo vendrá Michael ?

—Pronto, Helen. Ahora... está lejos, porque le llamaron. Es el agente de los oprimidos y ayer noche partió hacia el Sur. Pero vendrá algún día.

—Sí, Pronto vendrá. Lo sé —dijo ella cerrando los ojos. Y vendrá cuando sepa que me he casado, ¿verdad Smarty?

—Es lo menos que debe hacer. Mi autoridad no estará completa, si Michel no viene a darme la enhorabuena. Mientras llega ese momento si igual, tengo que hacerte un reproche, Helen.

—¿A mí? ¿Cuál?

—Tenemos sed y olvidas tus deberes de dueña de la casa. ¿Dónde está la hospitalidad de la gran señora de Beaufort?

—Con Rock no tenemos que gastar cumplidos. Créame Rock, aún me cuesta tratarle confiadamente.

—Están recientes las huellas de nuestros combates verbales, Helen —sonrió Gambler—. Pero nos acostumbraremos a no pelear más. Ahora cedo este privilegio a Smarty.

—Es extraño, Rock. ¿Por qué si sabe usted sonreír agradablemente... ostentaba aquella maldita sonrisa perversa?

—No solo el Halcón lleva antifaz —intervino Pico de Tucán—. También hay seres que por la soledad en que viven, necesitan endurecerse por pasadas tragedias y aparentan una dureza cínica, como coraza protectora. Pero todo eso murió. Tenemos sed, Helen.

—Yo misma iré.

—Solos, Smarty Prescott tocó en la rodilla a Gambler:

—¿No es un prodigio de encantos mi esposa?

—Casi iguala a la mía.

—Sin el casi, amigo. Todo lo que elige Smarty Prescott es lo mejor.

* * *

Un tronco ostentó tres corazones, seis nombres y la palabra Eternamente en el bosquecillo cercano a la mansión Ryan.

Y en la plaza de la iglesia de Beaufort, una profusión de sombrillas y parasoles señaló que un vienes veraniego, tres parejas uníanse en lazo matrimonial.

FIN